

# EL DIABLO EN EL CUERPO



R. RADIGUET

TÍTULO ORIGINAL: LE DIABLE AU CORPS

© Marjinalia Bilduma

© Traducción: X. Galarreta

Año 1998 (julio)

Depósito Legal: SS-259/99

Podría incurrir en infinidad de reproches. Pero, ¿y qué puedo hacer yo? ¿es culpa mía que tuviese doce años algunos meses antes de la declaración de guerra? Sin lugar a dudas, los problemas que me acaecieron en este período extraordinario fueron de una índole jamás experimentada a una edad tal; pero como no existe fuerza alguna capaz de envejecernos a pesar de las apariencias, tuve que conducirme como niño en una aventura que hubiera resultado embarazosa incluso para un hombre hecho y derecho. Yo no soy el único. Y mis compañeros guardarán de esta época un recuerdo que no es precisamente el de sus mayores. Que aquellos que se encuentran conmigo se hacen ya una idea de lo que fue la guerra para tantos jóvenes imberbes: cuatro años de largas vacaciones.

Vivíamos en F..., junto al Marne.

Mis padres condenaban más bien la camaradería mixta. La sensualidad que nace con nosotros y que se manifiesta todavía a ciegas, y que gana en lugar de perder.

Yo nunca he sido un soñador. Aquello que a los demás les parece sueño, a mí me parece tan real como el queso al gato, a pesar de la quesera de cristal. No obstante, la quesera existe.

Si la quesera se rompe, el gato saca provecho de ello, tanto si son sus amos quienes la rompen y se cortan las manos.

Hasta los doce años nunca había tenido ningún devaneo, excepto hacia una muchacha llamada Carmen, a quien le hice llegar, por medio de un chiquillo más joven que yo, una carta en la que le expresaba mi amor. Tomé licencia de este amor para solicitarle una cita. Mi carta le había sido enviada la mañana anterior a su ausencia del aula. Había distinguido a la única chiquilla que se me parecía, porque era aseada, y acudía

al colegio acompañada de una hermana pequeña, al igual que yo con mi hermano pequeño. A fin de asegurarme el silencio de estos dos únicos testigos, imaginaba que, de alguna manera, les casaba. En mi carta, asumía asimismo la parte de mi hermano, que no sabía escribir, en lo que se refiere a la Srta. Fauvette. Explicué a mi hermano mi mediación, y nuestra oportunidad de hacernos caer sobre dos hermanas de nuestra misma edad y dotadas de nombres bautismales tan excepcionales. Constaté con tristeza que no me había equivocado acerca del buen sentir de Carmen, cuando tras el desayuno con mis padres, de quienes nunca recibí mimo ni regañina alguna, entré en clase.

Acababan de sentarse mis compañeros en sus pupitres —yo situado en lo alto de la clase, en cuclillas para tomar de un armario, en mi calidad de primero, los volúmenes de la lectura a realizar en voz alta—, cuando entró el director. Los alumnos se levantaron. Tenía una carta en sus manos. Mis piernas flaquearon, los volúmenes cayeron al suelo, y yo los recogí, mientras el director se entretuvo hablando con el maestro. Ya los alumnos de los primeros bancos se volvían hacia mí, ruborizado, al fondo de la clase, pues escuchaban cuchichear mi nombre. Por fin el director me llamó, y para castigarme finamente, según creía él, y sin pensar nada malo por parte de los alumnos, me felicitó por haber escrito una carta de dulces líneas sin cometer falta alguna. Me preguntó si la había escrito yo solo; luego me rogó que le acompañase a su despacho. Nos quedamos a medio camino. Me reprendió en el patio, bajo el aguacero. Lo que turbó en gran manera mis nociones de moral, fue que considerara tan grave comprometer a una joven (cuyos padres le habían comunicado mi declaración) como haber sustraído una hoja de papel de carta. Me amenazó con enviar esta hoja a mi casa. Le supliqué que no lo hiciera. El cedió, pero me dijo que conservaría la carta, y que a la primera reincidencia, no podría volver a pasar por alto mi mala conducta

Esta mezcla de desfachatez y timidez desconcertaría a

los míos y les confundiría, como, en el colegio, mi soltura, verdadera pereza, me hacía pasar por buen alumno.

Regresé a clase. El profesor irónico me llamó Don Juan. Me sentí en extremo halagado, sobre todo porque citó el nombre de una obra que yo conocía y que desconocían mis compañeros. Su «Buenos días, Don Juan» y mi sonrisa de entendido transformaron la clase a mis ojos. Tal vez ya habían sabido que había encargado a un alumno de los pequeños transmitir una carta a una "pibita", según dicen los escolares en su duro argot. Este niño se llamaba Messenger. No lo elegí por su nombre, sino más bien fue su nombre el que me inspiró confianza.

A la una del mediodía había estado suplicando al director que no dijera nada a mis padres; a las cuatro, rabiaba por contárselo a todo el mundo. Nada me obligaba a ello. Pero la confesión era una cuestión de franqueza y sinceridad. Sabía que no disgustaría a mi padre, y no quería perder la ocasión de hacerle sabedor de mi proeza.

Declaraba con orgullo que el director me había prometido una discreción absoluta (tal y como actúan las personas adultas). Mi padre quería saber si todas estas piezas propias de una novela amorosa no eran acaso invención mía. Acudió a ver al director. En el transcurso de esta entrevista, sacó a relucir el tema de aquello que suponía una farsa.

—¿Qué? —respondió el director aturdido y sin salir de su asombro—. ¿El os ha contado todo esto? Me suplicó que no dijera nada; dijo que usted le mataría.

Ese embuste del director le excusaba, contribuyendo a mi embriaguez de hombre de mundo. Había ganado el combate y la estima de mis compañeros, así como el guiño cómplice del profesor. El director se dejó llevar por el rencor. El pobre infeliz ignoraba aquello que yo ya sabía: mi padre, aturdido por su conducta, había decidido dejarme finalizar mi año escolar, y arrinconado toda idea de reprenderme. Estábamos a punto de comenzar el mes de junio. Mi madre, temerosa de que ello

podiera influir sobre mis méritos, mis matrículas de honor, se reservaba el derecho de hacer comentario alguno hasta haber acabado el reparto de las mismas. Ese día al final sobrevino, merced a una injusticia del director que temía confuso las consecuencias de su mentira, siendo yo el único de toda el aula que recibiera la matrícula de honor otorgada al primero de la clase. Error de cálculo: el colegio había perdido a sus dos mejores alumnos, pues el padre del primero de la clase sacó a su hijo del colegio.

Los alumnos como nosotros servíamos de reclamo para atraer a otros.

Mi madre me creía demasiado joven para acudir al Henri-IV. En su fuero interno, ello quería decir: demasiado joven para ahuecar el ala. Permanecí dos años en casa y trabajaba solo.

Me las prometía muy felices, ya que me las arreglaba para hacer en cuatro horas el trabajo que a mis antiguos condiscípulos llevaba dos días, y en consecuencia, la otra mitad del día quedaba a mi disposición. Me paseaba solo junto al Marne que igualmente era nuestra rivera, tal y como mis hermanas lo llamaban, cuando aludían al Sena, "un verdadero Marne". También recurría a la barca de mi padre, a pesar de su prohibición; pero nunca llegué a remar, y ello sin admitir que mi temor no tenía nada que ver con la desobediencia, sino con el temor sin más. Leía, tumbado en esta barca. Entre 1913 y 1914, debieron caer unos doscientos libros. Y nada de libros digamos de mala calidad, sino la flor y la crema, más bien por su espíritu, que por su celebridad. Así, a edad más bien tardía, en una época en la que el adolescente desprecia la mal llamada literatura rosa y de aventuras, ninguna otra cosa hubiera yo deseado leer con más entusiasmo en este mundo.

La desventaja de estas recreaciones que alternaba con el trabajo diario consistían en transformar para mí todo el año en algo así como unas falsas vacaciones. De manera que mi

trabajo diario, aun siendo poca cosa, al trabajar más que los demás en época de vacaciones, ese poco de trabajo venía a ser lo que el corcho atado a la cola del gato durante un año, es decir, que sin duda alguna, mejor hubiera sido haber atado una sartén a la cola del gato... durante únicamente un mes.

Las verdaderas vacaciones se aproximaban, cosa que no me preocupaba demasiado ya que para mí continuaba el mismo quehacer de siempre. El gato nunca deja de vigilar el queso de la quesera. Pero sobrevino la guerra. Y la quesera se hizo añicos. Los amos se hicieron con otros gatos a quienes azotar, para regocijo del gato.

A decir verdad, cada uno a su modo se regocijó en Francia. Los niños, con sus libros meritorios bajo el brazo, se apiñaban ante los anuncios. Los malos alumnos se aprovechaban del desconcierto familiar.

Después de cenar, acudíamos cada día a la estación de J..., situada a dos kilómetros de casa, para ver pasar los convoyes militares. Llevábamos farolillos que lanzábamos alegres a los soldados. Damas en blusa verde llenaban de rojo vino las cantimploras de los soldados y derramaban litros del preciado líquido sobre el andén cubierto de flores. De todo ello guardo un recuerdo de fuego artificial. Y nunca antes se había derramado tanto vino, tantas flores muertas. Tuvimos incluso que engalanar las ventanas de nuestra casa.

Pronto dejamos de acudir a J... Mis hermanos y hermanas comenzaron a cansarse de la guerra; duraba demasiado. Les impedía caminar junto al mar. Habitados a levantarse tarde, se veían obligados a hacerlo así a las seis de la mañana para ir a comprar los periódicos. ¡Pobre distracción! Pero hacia el veinte de agosto, estos pequeños monstruos recobran la esperanza. En lugar de dejar la mesa en torno a la cual los mayores se entretienen, permanecen en ella escuchando el anuncio de mi padre acerca de la inminente partida. Sin duda alguna no se dispone de medio de transporte alguno. Será

necesario realizar un largo recorrido en bicicleta. Mis hermanos se burlan de mi hermana la pequeña. Las ruedas de su bicicleta apenas tienen cuarenta centímetros de diámetro: «Te abandonaremos en el camino.». Mi hermana comienza a llorar. ¡Pero qué empeño en sacar brillo a las bicis! Ni rastro de holgazanería. Me proponen reparar la mía. Madrugan muchísimo para conocer las primeras noticias. Mientras ellos muestran su asombro, yo descubro los últimos móviles de este patriotismo: ¡un viaje en bicicleta! ¡bordeando el mar! ¡y un mar más lejano, más bello que el habitual! Hubieran dado fuego a París por partir cuanto antes. Aquello que aterrizzaba a Europa había pasado a convertirse en su única esperanza.

¿Difiere acaso el egoísmo de los niños del nuestro? En verano, en el campo, maldecimos la lluvia caída, que los campesinos reclaman con desesperación.

Raro es que un cataclismo suceda sin previo aviso de premonición. El atentado austríaco, la borrasca del proceso Caillaux hacían que la atmósfera fuese irrespirable, propicia a la extravagancia. Y así, mi verdadero recuerdo de la guerra precede a la misma.

He aquí cómo tuvo lugar.

Nos solíamos burlar, mi hermano y yo, de uno de nuestros vecinos, un hombrecillo grotesco, enano, con perilla blanca y capuchón, concejal del Ayuntamiento, llamado Maréchaud. Todo el mundo le llamaba tío Maréchaud. A pesar de vivir puerta con puerta, evitábamos saludarle, cosa que le enfurecía hasta el punto de que, un día, no aguantándose más, nos aborda en la calle y nos dice: «¡Pero bueno! ¿Acaso no vais a saludaros con un concejal?» Ahuecamos el ala de allí rápidamente. A partir de esta impertinencia, fueron declaradas las hostilidades. Pero, ¿y qué podía hacer un concejal contra nosotros? Al regresar del colegio, y también al acudir, mis hermanos tocaban su timbre con audacia sin límites, sobre todo porque el perro, que tenía mi edad, no daba miedo a nadie.

La víspera del 14 de Julio de 1.914, al ir al reencuentro de mis hermanos, cuál no sería mi sorpresa al descubrir una multitud ante la verja de los Maréchaud. Algunos tilos desramados medio ocultaban la villa al fondo del jardín. Desde las dos de la tarde, su joven criada se había vuelto loca y buscado refugio en el tejado, de donde se negaba a descender. Para entonces los Maréchaud, espantados por el escándalo, habían cerrado los postigos, de modo que la tragedia protagonizada por la loca subida al tejado crecía en intensidad ante la apariencia solitaria de la casa. La gente gritaba, indignada con los dueños de la casa que nada hacían por salvar a la desgraciada. Se la veía titubear entre los tilos, sin que, por



otra parte, tuviera aspecto de estar borracha. De buena gana hubiera permanecido allí todo el rato, pero nuestra criada enviada por mi madre hizo su aparición dispuesta a reintegrarnos a nuestras labores. Si no, se me privaría de la fiesta. Partí con un peso mortal en el alma, y rogando a Dios que la criada permaneciera todavía en el tejado, cuando regresara a buscar a mi padre a la estación.

Ella continuaba en su puesto, pero los escasos transeúntes procedentes de París, se apresuraban para ir a cenar, y no perderse el baile. Apenas le concedían una mirada distraída.

Por lo demás, para la criada sólo se trataba de un ensayo más o menos público. Debía debutar por la noche, según la costumbre, con las girándulas luminosas formando una auténtica batería de luces. Había allí mismo otras tantas en la avenida y también en el jardín, ya que los Maréchaud, a pesar de su fingida ausencia, no habían osado pasarse sin la iluminación, como notables que eran. Al fantástico escenario de esta casa del crimen, sobre cuyo tejado se paseaba, como si se tratara del puente de un navío empavesado, una mujer con los cabellos al viento, contribuía en gran manera la voz de esta mujer: inhumana, gutural, de una dulzura que ponía la carne de gallina.

Siendo los bomberos de una pequeña comunidad todos ellos "voluntarios", durante todo el día no se ocupaban de otra cosa que de sus bombas. Eran el lechero, el pastelero, el aserrador, quienes, una vez finalizado su trabajo, acudían a extinguir el incendio, si es que para entonces no se había extinguido por sí solo. A partir de la movilización, nuestros bomberos formaron además una suerte de milicia misteriosa dedicada a patrullar, hacer maniobras y organizar rondas nocturnas. Estos valientes hicieron al fin su aparición y se abrieron paso entre la multitud.

Una mujer se abrió paso. Era la esposa de otro concejal, adversario de Maréchaud, y que, al cabo de algunos

minutos, se apiadaba ruidosamente de la loca. Hizo las siguientes recomendaciones al capitán: «Trate de cogerla con dulzura: la pobre está tan privada de todo en esa casa en la que se la da mal trato. Sobre todo, si es el temor de ser despachada, de encontrarse en la calle, dígala que la acogeré en mi casa. Le doblaré el sueldo».

Esta ruidosa caridad produjo un efecto mediocre en la muchedumbre. Aquella mujer les importunaba. Su único pensamiento era la captura. Los bomberos, seis en total, escalaron la verja, sitiando la casa y trepando por todos lados. Pero nada más hizo su aparición en el tejado uno de ellos, la muchedumbre, como los niños en el Guiñol, prorrumpió en gritos, para prevenir a la víctima.

«¡Cállense!» gritaba la señora, lo que excitaba aún más si cabe los gritos de «¡Ahí va uno! ¡Ahí va uno!» del público. Al oír los gritos, la loca se armó con tejas y lanzó una contra el casco del bombero recién llegado a la techumbre.

Mientras que en las barracas de tiro, en las norias y puestos de la plaza de la Alcaldía, se lamentaban de ver tan pocos clientes (una noche precisamente en la que los ingresos deberían ser fructuosos), los granujas más audaces escalaban los muros y se apresuraban a través del césped para continuar la cacería. La loca decía cosas que ya he olvidado, con esa profunda melancolía resignada que da a la voz la certeza de quien tiene la razón de su parte, de que todos están equivocados. Los granujas, que preferían este espectáculo a la feria, se afanaban mientras tanto en combinar los placeres. Así, temblando ante la idea de que la loca pudiera ser apresada en su ausencia, iban a toda velocidad a montarse en los caballitos del carrusel. Otros, más sabios, instalados en las ramas de los tilos, como para la revista militar de Vincennes, se contentaban con encender fuegos de Bengala, y petardos.

Se puede uno imaginar la angustia del matrimonio Maréchaud, encerrados en su casa en medio de todo aquel ruido y de los resplandores.

El concejal municipal, esposo de la caritativa señora, subió por el pequeño muro de la reja, e improvisó un discurso acerca de la cobardía de los propietarios. Se le aplaudió.

Creendo que era a ella a quien se aplaudía, la loca saludaba, un fajo de tejas bajo cada brazo, ya que lanzaba una cada vez atisbaba el reflejo de un casco. Con su voz inhumana, daba las gracias porque al fin se la comprendía. Yo la imaginaba como una muchacha, capitana de corsarios, que permaneciese sola en su barco, en plena zozobra.

La muchedumbre se dispersaba, cansada. Hubiera querido quedarme con mi padre, mientras que mi madre, a fin de saciar esa necesidad de marearse que tienen los niños, llevaba a los suyos del carrusel a las montañas rusas. Por cierto que yo mismo experimentaba esa extraña necesidad con más entusiasmo que mis hermanos. Me gustaba que mi corazón batiera rápido y con irregularidad. Ese espectáculo, de una profunda poesía, me colmaba más que a ellos. «Qué pálido estás», dijo mi madre. Busqué un pretexto en los fuegos de Bengala. Me daban, les dije, un cierto color verduzco.

—De todas maneras, temo que todo esto le impresiona demasiado—, dijo a mi padre.

—Oh —le respondió—, nadie más insensible que él. Puede contemplar no importa qué cosa, excepto un conejo desollado.

Mi padre decía eso para que me quedara. Pero sabía que ese espectáculo me turbaba. Me di cuenta de que otro tanto le ocurría también a él. Le pedí que me subiera sobre sus hombros para ver mejor. En realidad, estaba a punto de desvanecerme; mis piernas no me sostenían por más tiempo.

Ahora apenas quedaban una veintena de personas. Escuchamos los clarines. Era la llamada de las antorchas.

Cien antorchas alumbraron de imprevisto a la loca, al igual que, más allá de la delicada luz de las candilejas, el magnesio estalla para fotografiar una nueva estrella. Entonces, agitando sus manos en señal de despedida, y creyendo llegado

el fin del mundo, o simplemente que ya la iban a coger, se arroja desde el tejado, rompe la marquesina en su caída, con un estrépito espantoso, para acabar aplastándose contra los peldaños de piedra. Justo hasta aquí había tratado de soportarlo todo, a pesar del zumbido de mis oídos y de la flaqueza de mis piernas. Pero cuando oí que la gente gritaba: «Todavía vive», caí, sin conocimiento, de los hombros de mi padre.

Cuando volví en mí, me condujo hasta orillas del Marne. Permanecimos allí hasta tarde, en silencio, tumbados en la hierba.

Al regresar, creí ver tras la reja una silueta blanca... ¡el fantasma de la sirvienta! Era el tío Maréchaud con el gorro de dormir, contemplando los estragos, su marquesina, sus tejas, su césped, sus macizos florales, sus peldaños cubiertos de sangre, su prestigio destruido.

Si insisto en un episodio tal, es para hacer comprender mejor el extraño período de la guerra, y cómo me impresionaba, más incluso que lo pintoresco, la poesía de las cosas.

Escuchamos el cañonazo. Se luchaba cerca de Meaux. Se decía que habían capturado a algunos ulanos cerca de Lagny, a quince kilómetros de nuestra casa. Mientras mi tía hablaba de una amiga, huida durante los primeros días, luego de haber enterrado en su jardín péndulos y latas de sardinas, pregunté a mi padre acerca del medio de llevarnos nuestros viejos libros; ya que era eso lo que más me costaba perder.

De todas maneras, en el momento en que nos disponíamos a huir, los periódicos nos informaron de que era inútil.

Mis hermanas, ahora, acudían a J... llevando cestos de peras para los heridos. Habían descubierto una suerte de compensación, mediocre si bien es cierto, a todos sus bellos proyectos venidos abajo. Para cuando llegaban a J... ¡sus cestas estaban casi vacías!

Tenía que ingresar en el liceo Henri-IV; pero mi padre prefería que pasara todavía un año más en el campo. Mi única distracción de aquel triste invierno consistía en correr al kiosco de periódicos y asegurarme un ejemplar del Mot, periódico de mi gusto que sólo salía los sábados. Ese día jamás me levantaba tarde.

Pero con la llegada de la primavera, di rienda suelta a mis primeras locuras. Con el pretexto de algunas cuestaciones, aquella primavera, en más de una ocasión, salí a pasear, endomingado, acompañado de una persona joven siempre a mi derecha. Yo llevaba la hucha; ella, la almohadilla con las insignias. A partir de la segunda cuestación, unos compañeros me enseñaron a aprovecharme de aquellos días libres, empujándome a los brazos de alguna chiquilla. A partir de entonces, nos dábamos prisa en reunir, por la mañana, la

máxima cantidad de dinero, y para el mediodía se lo entregábamos a la dama que hacía de patrocinadora, y entonces nos íbamos a golfear el resto del día por los campos de Chennevières. Por primera vez en la vida, tenía un amigo. Me gustaba hacer la cuestación con su hermana. Por primera vez en mi vida, me las arreglaba con un chico igual de precoz que yo mismo, admirando de él tanto su belleza como su descaro. Nuestro común desprecio por los de nuestra edad nos unía aún más. Nosotros solos, nos juzgábamos capaces de comprender las cosas; y, en fin, nosotros solos nos creíamos dignos de las mujeres. Nos creíamos ya hombres. Por suerte, no nos iban a separar. René acudía ya al instituto Henri-IV, y yo estaría con él en la misma clase, en tercero. No le hacía falta aprender griego; fue un sacrificio extremo el que hizo para convencer a sus padres de que le dejaran aprenderlo. Así siempre estaríamos juntos. Como no había acudido durante el primer año, se vio obligado a tomar algunas lecciones particulares. Los padres de René no alcanzaban a comprender nada de quien, el pasado año, ante sus ruegos, habían consentido a que no estudiara griego. Creyeron ver en ello el efecto de mi buena influencia, y, si acaso soportaban a sus otros camaradas, yo era, al menos, el único amigo a quien veían con buenos ojos.

Por primera vez, ningún día de las vacaciones de aquel año se me hizo pesado. Supe entonces que nadie escapa a su edad, y que mi peligroso desprecio se había fundido como el hielo desde que alguien había decidido ocuparse de mí, del modo en que a mí me convenía. Nuestros comunes avances acortaban a la mitad el camino que el orgullo de cada cual tenía que recorrer.

El día del comienzo de clases, René resultó ser un guía estupendo.

Con él toda experiencia era placentera, y yo, que solo, jamás hubiera podido dar ni un paso, realizaba con gusto a pie, dos veces al día, el trayecto que separaba Henri-IV de la

estación de la Bastille, en donde cogíamos nuestro tren.

Tres años transcurrieron de esta manera, sin otra amistad y sin otra esperanza que nuestras travesuras de los jueves —con las chiquillas que los padres de mi amigo nos proporcionaban inocentemente, invitando asimismo a merendar a los amigos de su hijo y a las amigas de su hija —pequeños favores que nosotros hurtábamos, y que ellas nos hurtaban, bajo pretexto de jugar a las prendas.

La bella estación llegó. A mi padre le gustaba llevarnos, a mis hermanos y a mí, a dar largos paseos. Uno de nuestros objetivos favoritos era Ormesson, y luego Morbras, riachuelo de apenas un metro de ancho, atravesando praderas en las que crecían flores que nunca encontré en ninguna otra parte, y cuyo nombre he olvidado. Matas de berro y menta ocultas al pie en donde se aventura el lugar en el que nace el agua. El río arrastraba en la primavera millares de pétalos blancos y rosas. Son los espinos.

Un domingo de abril de 1917, como con frecuencia solíamos hacer, cogimos el tren para La Varenne, desde donde debíamos regresar a pie hasta Ormesson. Mi padre me dijo que en La Varenne nos reuniríamos con gente simpática, los Grangier. Los conocía porque había visto el nombre de su hija, Marthe, en el catálogo de una exposición de pintura. Un día, oí a mis padres hablar acerca de la visita de un tal Sr. Grangier. Vino con un cartapacio lleno de obras de su hija, de dieciocho años. Marthe estaba enferma. Su padre quería darle una sorpresa: que sus acuarelas apareciesen en una exposición de caridad de la que mi madre era presidenta. Eran unas acuarelas muy sencillas; se podía adivinar a la buena alumna de la clase de dibujo, sacando la lengua, chupando los pinceles.

En el andén de la estación de La Varenne, los Grangier nos esperaban. El Sr. y la Sra. Grangier debían de tener una edad parecida, alrededor de los cincuenta. Pero la Sra. Grangier parecía mayor que su marido; su inelegancia, su baja estatura, provocaron en mí una impresión desagradable al primer golpe de vista

En el transcurso de este paseo, tengo que remarcar que fruncía el ceño con frecuencia, con lo que su frente se cubría de arrugas que tardaban en disiparse lo menos un minuto. A fin de



que tuviera todos los motivos suficientes para que me decepcionara, sin que por ello me reprochara ser injusto, deseaba que su modo de hablar resultara también vulgar. En ese sentido, me decepcionó.

El padre, sin embargo, tenía aspecto de buen hombre, antiguo suboficial adorado por sus soldados. ¿Pero dónde estaba Marthe? Temblaba ante la perspectiva de un paseo sin otra compañía que la de sus padres. Tenía que llegar con el próximo tren, «en un cuarto de hora», explicó la Sra. Grangier, «ya que no pudo estar lista a tiempo. Su hermano vendrá con ella».

Cuando el tren entró en la estación, Marthe estaba de pie sobre el estribo del vagón. «Aguarda hasta que el tren se pare», grita su madre... Esta imprudencia me encanta.

Su ropa, su sombrero, muy simples, prueban lo poco que le importan la opinión de los desconocidos. Venía dando la mano a un niño pequeño de unos once años. Era su hermano, un niño de aspecto pálido, con cabellos albinos, y en el que todos los gestos ponían de manifiesto la enfermedad.

Por el camino, Marthe y yo caminamos a la cabeza. Mi padre iba detrás, con los Grangier.

Mis hermanos, por su parte, iban bostezando junto al nuevo y debilucho amiguito, quien tenía prohibido incluso correr.

Felicité a Marthe por sus acuarelas, y ella me respondió modestamente que sólo eran unos estudios. No les daba ninguna importancia. Me enseñaría unas mejores, alguna flores «estilizadas». Juzgué muy oportuno no haberle dicho, en nuestro primer encuentro, que hallaba ridículos sus ramilletes de flores.

Bajo su sombrero ella no podía verme bien. Yo la observaba.

—Se parece poco a su madre—, le dije.

Era un requiebro.

—Me lo dicen a menudo; pero, cuando estemos en

casa, le enseñaré algunas fotografías de mamá cuando era joven, me parezco mucho a ella.

Su respuesta me entristeció, y rogué a Dios que no me permitiera ver a Marthe cuando ella tuviera la edad de su madre.

Deseoso de disipar el malestar de esa penosa respuesta, y no comprendiendo que, penosa, solamente lo podía ser para mí, porque afortunadamente Marthe no veía en absoluto a su madre con mis mismo ojos, le dije:

—Hace mal en peinarse de esa manera, el pelo liso le sentaría mejor.

—Pregunte a mi madre si quiere —¡como si ella tuviera que excusarse de nada!—; por lo general, no me suelo peinar tan mal, pero era tarde y temía perder el segundo tren. Por otro lado, no tenía intención de quitarme el sombrero.

«¿Qué clase de chica es ésta», pensé, «que permite a un muchacho que la regañe por sus mechones?»

Traté de adivinar sus gustos literarios; me hizo feliz al saber que conocía a Baudelaire y Verlaine, y estaba encantado del modo en que amaba a Baudelaire, que no era el mío. Intuí un algo de rebeldía. Sus padres habían acabado por admitir sus gustos. Marthe les echaba en cara que lo hubieran hecho por ternura. Su prometido, en sus cartas, le hablaba de sus lecturas, y mientras le aconsejaba ciertos libros, le prohibía otros. Le había prohibido *Las Flores del Mal*. Desagradablemente sorprendido al saber que estaba prometida, me regocijé al menos al saber que desobedecía a un soldado lo suficientemente memo para temer a Baudelaire. Me alegré también al pensar que debía disgustar con frecuencia a Marthe. Tras la primera sorpresa desagradable, me felicitaba de su estrechez de miras, de manera que incluso temía que, si hubiera gozado con *Las Flores del Mal*, su futuro apartamento se hubiera parecido a *La Muerte de los Amantes*. A continuación me pregunté qué me importaba a mí todo eso.

Su prometido le había prohibido también las clases de

dibujo. Yo aunque no iba nunca a ellas, le propuse ir juntos, añadiendo que iba con frecuencia a las mismas. Pero temeroso de que mi mentira pudiera ser descubierta, le rogué que no hablara de ello a mi padre.

—El ignora —le dije—, que falto a los cursos de gimnasia para acudir a la *Grande-Chaumière*.

No quería que ella pensara que ocultaba mis visitas a la academia porque ellos me tuvieran prohibido ver a mujeres desnudas. Era feliz de que hubiera un secreto entre nosotros, y yo, aun siendo tímido, me sentía ya tiránico sobre ella.

Para mí era también motivo de orgullo mi preferencia por el campo, pues todavía no habíamos hecho alusión alguna acerca del decorado de nuestro paseo. Algunas veces sus padres la llamaban: «Mira, Marthe, a tu derecha, mira qué bonitas están las laderas de Chennevières», o si no, su hermano se aproximaba y le preguntaba por el nombre de alguna flor que acababa de recoger. Ella les concedía la suficiente atención distraída para que no se sintieran decepcionados.

Nos sentamos en los campos de Ormesson. En mi candor, me arrepentía de haber llegado tan lejos, y de haber precipitado igualmente los acontecimientos. «Luego de una conversación menos sentimental, más natural», pensaba, «podría deslumbrar a Marthe, y de paso ganarme la benevolencia de sus padres, relatando el pasado de este pueblo.» Pero me abstuve. Creía tener razones profundas para ello, y pensaba que luego de todo lo que había sucedido, una conversación tan al margen de nuestras inquietudes comunes no podría sino romper el hechizo. Creía que habían ocurrido hechos de gran importancia. Por otra parte, era, simplemente, la verdad, y así lo supe de inmediato, siendo la propia Marthe quien había entendido nuestra conversación en el mismo sentido que yo lo había hecho. Pero aunque no pudiera darme cuenta de ello, me figuraba haberle dirigido palabras bien significativas. Creía haber declarado mi amor a una persona insensible. Olvidaba que el Sr. y la Sra. Grangier podían haber escuchado

todo lo que dije a su hija; ¿pero es posible que se lo dijera en presencia de ellos?

—Marthe no me intimida —me repetía una y otra vez—. De hecho, sólo sus padres y mi padre me impiden lanzarme sobre su cuello, y abrazarla.

En lo más profundo de mí, mi otro yo se felicitaba de la presencia de los aguafiestas. Pensaba de este modo:

—¡Qué suerte que no me halle a solas con ella! Porque no habría osado abrazarla, y no habría tenido excusa alguna.

Así se engaña el tímido.

Volvimos a coger el tren a la estación de Sucy. Como nos tocaba esperar una buena media hora, nos sentamos en la terraza de un café. Tuve que sufrir los cumplidos de la Sra. Grangier. Eran humillantes. Continuamente recordaba a su hija que no era más que un estudiante de bachillerato, y que no terminaría el bachiller hasta dentro de un año. A Marthe le apetecía beber granadina; yo también pedí una. Unas horas antes, nadie hubiera creído que sería capaz de deshonrarme bebiendo granadina. Mi padre no entendía nada. Siempre dejaba que me sirviera yo mismo los aperitivos. Temblaba al pensar que fuera a mofarse de mi sabiduría. Y lo hizo, pero de modo encubierto, de manera que Marthe no adivinara que bebía la granadina por hacer lo que ella hacía.

Cuando llegamos a F..., nos despedimos de los Grangier. Prometí a Marthe que le llevaría, el próximo jueves, la colección del periódico *Le Mot y Una Temporada en el Infierno*.

—¡Otro título que volvería loco de alegría a mi prometido! —dijo riendo.

—¡Vamos, Marthe! —dijo, frunciendo el ceño, su madre siempre aturrida ante una tal falta de sumisión.

Mi padre y mis hermanos se aburrieron mucho, pero ¡qué importa! La felicidad es egoísta.

Al día siguiente, en el instituto, no experimenté la necesidad de contar a René, a quien no le ocultaba nada, mi excursión del domingo. Pero no estaba de humor para soportar que se burlase de mí por no haber abrazado a Marthe a escondidas. Otra cosa me extrañó; es que ese día encontré a René menos diferente del resto de mis compañeros.

Con el sentimiento de mi amor por Marthe, llegué a suprimir a René, padres, y hermanas.

Me prometía que realizaría un gran esfuerzo de voluntad y que no acudiría a verla antes del día de nuestra cita. Sin embargo, el martes por la tarde, no pudiendo aguardar más, hallé en mi debilidad unas cuantas buenas excusas que me permitieron llevarle luego de la cena el libro y los periódicos. En mi impaciencia, Marthe vería la prueba de mi amor, me decía, y si refusa verla, sabré arreglármelas para que lo haga.

Durante un cuarto de hora, corrí como un loco hasta su casa. Luego, temiendo molestarla durante la comida, esperé, sudoroso, diez minutos, junto a la verja. Pensaba que durante ese tiempo, las palpitations de mi corazón se detendrían. Por el contrario, aumentaron. Poco me faltó para salir corriendo, pero al cabo de unos cuantos minutos, desde una ventana vecina, observé que una mujer me miraba con curiosidad, deseando saber qué hacía yo allí, refugiado contra el portón. Eso me hizo tomar una decisión. Toqué el timbre. Entré en la casa. Pregunté a la criada si la señora estaba en casa. Casi inmediatamente, La Sra. Grangier apareció en la pequeña pieza a donde se me había guiado. Me sobresalté, como si la criada hubiera comprendido que había preguntado por la «señora» por pura conveniencia y que en realidad era a la «señorita» a quien

deseaba ver. Enrojeciendo, rogué a la Sra. Grangier me excusara por molestarla a una hora tal, como si se tratara de una hora cualquiera de la mañana: como me era imposible venir el jueves, traía el libro y los periódicos a su hija.

—Es una verdadera suerte —respondió la Sra. Grangier—, porque Marthe no hubiera podido recibirle. Su prometido ha obtenido un permiso, quince días antes de lo que él pensaba. Llegó ayer, y Marthe cena esta noche en casa de sus futuros suegros.

Así que me fui, y puesto que no veía oportunidad de volver a verla jamás, creía, me esforzaba en no pensar en Marthe, y, por esa misma razón, no hacía sino pensar en ella.

Sin embargo, un mes después, una mañana, al saltar de mi vagón en la estación de la Bastille, vi que descendía del metro. Iba para elegir en las tiendas diferentes artículos que necesitaba con vistas a su matrimonio. Le pedí que me acompañara justo hasta Henri-IV.

—Vaya —dijo—, el año próximo, cuando esté en segundo, tendrá a mi padre como profesor de geografía.

Vejado al ver que me hablaba de estudios, como si cualquier otra conversación no fuera apropiada a mi edad, le respondí con agriedad que ello sería bastante gracioso.

Ella frunció el ceño. Yo pensé en su madre.

Llegamos a Henri-IV y, no queriendo dejarla con esas palabras que yo juzgaba hirientes, decidí entrar en clase una hora más tarde, luego de la hora de dibujo. Me hizo feliz el hecho de que en esas circunstancias Marthe no mostrase sabiduría, ni me hiciera reproche alguno, y, más bien, parecía agradecerme haber hecho un tal sacrificio, en realidad nulo. Por mi parte, le mostré mi agradecimiento por no pedirme que la acompañara a realizar sus compras, pero que si quería, podía darme su tiempo así como yo le había dado el mío.

Estábamos ahora en el jardín de Luxemburgo; sonaban las nueve en el reloj del Sena. Renuncié a ir al instituto. Tenía

en el bolsillo, como por milagro, más dinero de lo que un colegial suele tener en dos años, pues la víspera había vendido mis sellos de correos más valiosos en la Bolsa de Sellos, que se halla detrás del Guíñol de los Campos Elíseos.

Durante el trascurso de la conversación, como Marthe me había anunciado que iba a desayunar en casa de sus suegros, decidí convencerla para que se quedara conmigo. Sonaban ya las nueve y media. Marthe se sobresaltó, no habituada aún a que alguien abandonase por ella todos sus deberes, sin importar que se tratase de deberes escolares. Pero, viendo que permanecía en mi silla de hierro, no tuvo el coraje de recordarme que debería estar sentado en los pupitres del Henry-IV.

Permanecemos inmóviles. Así debe ser la felicidad. Un perro salta del estanque y se sacude el agua. Marthe se pone en pie, como aquél que, luego de la siesta, con el rostro todavía ensoñecido, se sacude los sueños. Hizo con sus brazos movimientos gimnásticos. Tuve malos augurios para nuestra mutua armonía.

—Estas sillas son muy duras —me dice, como para excusarse por haberse puesto de pie.

Llevaba una ropa tipo fular, bastante arrugada por el rato en que estuvo sentada. No pude evitar imaginar los dibujos que un asiento de rejilla imprime sobre la piel.

—Entonces, acompáñeme a las tiendas, ya que ha decidido no acudir a clase —dijo Marthe, haciendo por primera vez alusión a aquello que por ella estaba siendo objeto de mi negligencia.

La acompañé a unas cuantas lencerías, en donde le impedía comprar aquello que le gustaba pero que no me gustaba a mí; por ejemplo, evitando el rosa, que me fastidia, y que era su color favorito.

Tras estas primeras victorias, era preciso obtener de Marthe una nueva victoria: que no desayunara en casa de sus suegros. Sin pensar en la posibilidad de que ella pudiera mentir

por el simple placer de quedarse conmigo, buscaba alguna excusa que pudiera determinarla a seguirme en mi día de novillos. Soñaba con conocer un bar americano. Nunca se había atrevido a pedirle a su prometido que le llevara a uno. Además, él no conocía ese tipo de bares. Tenía pues una excusa. Al negarse, dejando entrever una clara decepción, pensé de todos modos que acabaría viniendo. Al cabo de una media hora, habiendo usado todo tipo de razonamientos para convencerla, y no queriendo insistir más, la acompañé a casa de sus suegros, en el estado de espíritu de un condenado a muerte esperando justamente el último momento en que un golpe de mano caerá en el camino del suplicio. Veía que nos aproximábamos a la calle, sin que nada se produjera. Pero de improviso, Marthe, golpeando la luneta con la mano, hace detenerse al taxista ante un despacho de correos.

Me dijo:

—Espérame un segundo. Voy a llamar a mi suegra para decirle que estoy en un barrio demasiado lejano como para llegar a tiempo.

Al cabo de unos minutos, no pudiendo más de pura impaciencia, me apercibí de una tienda de flores y elegí una a una rosas de color rojo, hasta formar un ramillete.

Más que en dar gusto a Marthe, pensé en la necesidad de mentir en la que se vería Marthe para explicar a sus padres el origen de esas rosas. Nuestro proyecto, desde que nos encontráramos por primera vez, de ir a una academia de dibujo; la mentira del teléfono que ella volvería a repetir, esa noche, a sus padres, mentira a la que ahora se le añadirían esas rosas, me colmaban de favores más dulces incluso que el de un beso. Porque, habiendo con frecuencia besado, sin gran placer, los labios de otras niñas de corta edad, y olvidando que ello sucedía porque no las amaba, el deseo de los labios de Marthe apenas me llamaba. Mientras que una tal complicidad me había sido, hasta ese día, desconocida.

Marthe salió de correos, radiante, después de su



primera mentira. Di al chófer la dirección de un bar de la calle Daunou.

Se extasiaba, como una pensionista, de la ropa blanca del barman, la gracia con la que sacudía los cubiletes de plata, de los nombres extraños o poéticos de las mezclas. Ella aspiraba de vez en cuando el olor de las rosas y se prometía hacerles una acuarela, que me daría en recuerdo de ese día. Le pedí que me dejara ver una fotografía de su prometido. Lo encontré muy guapo. Sintiendo ya la importancia que ella parecía dar a mis opiniones, llegué incluso a cometer la hipocresía de decirle que era muy bello, pero de aspecto poco convencido, para darle a pensar que lo decía por cortesía. Lo que, según mi opinión, debía arrojar una suerte de conflicto al espíritu de Marthe, y, de paso, hacerme ganar su reconocimiento.

Pero por la tarde fue preciso pensar en el motivo de su viaje. Marthe no conocía bien a su prometido, quien le había dado libertad total para elegir el mobiliario. Pero su madre quería acompañarla a toda costa. Marthe, al fin, prometiéndole que no cometería ninguna locura, había conseguido venir sola. Ese día, precisamente, tenía que elegir los muebles para el dormitorio. A pesar de que le había prometido no mostrar ni agrado ni desagrado extremo a ninguna de las palabras de Marthe, tuve que hacer un gran esfuerzo para continuar la marcha sobre el bulevar a un paso tranquilo que poco tenía que ver en ese momento con el ritmo de los latidos de mi corazón.

Esta obligación de acompañar a Marthe se me aparecía como una desgracia. ¡Tenía que ayudarla a elegir una habitación para ella y para otro! Luego, entreví la posibilidad de elegir una habitación para Marthe y para mí.

Me había olvidado tan rápido de su prometido, que al cabo de un cuarto de hora de caminata, me hubiera sorprendido al recordar que, en esa habitación, otra persona dormiría junto a ella.

A su prometido le gustaba el estilo Luis XV.

El mal gusto de Marthe era otro: ella hubiera preferido más bien el estilo japonés. Pensé que tenía que combatir a uno y a otro. Había que ser el más rápido. A la mínima palabra de Marthe, adivinaba qué es lo que la tentaba, con lo cual tenía que proponerle lo contrario, que por cierto poco o nada me complacía, a fin de aparentar más tarde que cedía a sus caprichos, cuando abandonaba un mueble por otro, que era menos dañino a la vista.

Murmuraba: «El que quería una habitación rosa.» No atreviéndose a confesarme sus propios gustos, se los atribuía a su prometido. Intuí que en unos pocos días nos reiríamos juntos de todo esto.

Sin embargo, no comprendía bien esa debilidad. «Si ella no me quiere», pensaba, «¿por qué razón habría ella de ceder, de sacrificar sus preferencias, y las de su joven novio, a las mías?» No encontraba explicación alguna. La más modesta de todas era admitir que Marthe me amaba. Sin embargo, estaba seguro de lo contrario.

Marthe me había dicho: «Al menos, dejémosle la tela rosa.» — «¡Dejémosle!» Sólo por esa palabra estuve a punto de claudicar. Pero «dejarle la tela rosa» equivalía a abandonarlo todo. Hice ver a Marthe cuánto iban a estropear esos muros de color de rosa los rústicos muebles «que habíamos elegido», y, reculando todavía ante el escándalo, le aconsejé decorar los muros de su habitación... ¡con cal!

Fue el golpe de gracia. Durante todo el día, había acosado tanto a Marthe que lo recibió sin rebelarse. Se contentó con decir: «En efecto, tiene razón».

Al final de un día matador, me felicité por los avances conseguidos. Habían conseguido transformar, mueble a mueble, este matrimonio por amor, o mejor por capricho, en un matrimonio de conveniencia, ¡y cómo!, puesto que ya no había sitio para la razón, no hallando uno en el otro más que las ventajas que ofrece un matrimonio por amor.

Cuando nos separamos, aquella noche, en lugar de

evitar en lo sucesivo mis consejos, me pidió que la ayudara durante los próximos días a elegir el resto de los muebles. Yo así se lo prometí, pero con la condición de que no se lo diría jamás a su prometido, porque la única razón que podría a la larga hacerle admitir esos muebles, si es que estaba enamorado de Marthe, era pensar que todo había salido de ella, de su propia voluntad, que habría de llegar a ser la de ambos.

Cuando regresé a casa, creí leer en el rostro de mi padre que había tenido ya noticia de mi escapada. Naturalmente, no sabía nada; ¿cómo podía saberlo?

«Bah! Jacques se acostumbrará sin problemas a esta habitación», había dicho Marthe. Al acostarme, me decía una y otra vez que, si ella soñaba con su matrimonio antes de ir a dormir, debía, esa noche, hacerlo de un modo distinto al de los días precedentes. Por lo que a mí respecta, cualquiera que fuese el efecto de aquel idilio, yo me había vengado ya, por adelantado, lo suficiente de este Jacques: imaginaba lo que sería la noche de bodas en esa austera habitación, en «¡mi habitación!».

A la mañana siguiente, aceché en la calle al cartero que debía traer una carta del colegio. La cogí, me la metí al bolsillo y arrojé las otras al buzón de nuestra verja. Procedimiento demasiado sencillo como para no utilizarlo siempre.

Faltar a clase quería decir, según yo lo veía, estar enamorado de Marthe. Me equivocaba. Marthe no era más que el pretexto de mis chicarras. Y la prueba, es que tras haber degustado en compañía de Marthe los encantos de la libertad, quise degustarlos yo solo, y más tarde ganarme algunos adeptos. La libertad se convirtió para mí en una droga.

El año escolar tocaba a su fin, y veía con terror que mi holgazanería iba a quedar impune, puesto que mi deseo era ser expulsado del colegio. Un drama, en fin, que tachonaría ese período.

A fuerza de vivir con las mismas ideas, de no ver más que una cosa, si se la mira con ardor, no se llega uno a dar

cuenta del crimen que conllevan esos deseos. Ciertamente, no era mi intención disgustar a mi padre; por desgracia, hacía la única cosa que podría disgustarle. Las clases siempre habían sido un suplicio para mí; Marthe y la libertad habían acabado por hacérmelas del todo insoportables. Me daba cuenta de que, si cada vez apreciaba menos a René, era simplemente porque me recordaba alguna cosa del colegio. Sufría, y ese mismo temor me volvía psíquicamente enfermo, ante la idea de encontrarme, al año siguiente, en la necesidad de mis condiscípulos.

Para desgracia de René, le había hecho partícipe en demasiadas ocasiones de mi propio vicio. Así que cuando, menos hábil que yo, me anunció que había sido expulsado del Henri-IV, creí estarlo también yo. Tenía que decírselo a mi padre porque sabía que él preferiría que se lo dijera yo mismo, en vez de aguardar a recibir la carta del subdirector, carta demasiado grave como para ser hurtada.

Estábamos a miércoles. Al día siguiente, día de fiesta, aguardé a que mi padre fuera a Paris para prevenir a mi madre. La perspectiva de cuatro días de problemas en sus cosas le alarmó más que la propia noticia. Luego fui a pasear junto al Marne, en donde Marthe me había dicho que tal vez nos encontraríamos. No la vi. Por suerte. Mi amor hubiera adquirido en ese encuentro una energía negativa, de manera que hubiera podido darme fuerzas para luchar contra mi padre; mientras que al estallar la tormenta luego de un día vacío, lleno de tristeza, regresé con la cabeza gacha, tal y como convenía. «Ya lo sabe». Me paseé por el jardín, aguardando a que mi padre me llamara. Mis hermanas jugaban en silencio. Habían adivinado algo. Uno de mis hermanos, bastante excitado por la tormenta, me dijo que fuera a la habitación en donde mi padre me esperaba.

Los gritos, las amenazas me hubieran permitido enfrentarme. Fue mucho peor. Mi padre callaba; a continuación, sin cólera alguna, con una voz más dulce que de

costumbre, me dijo:

—Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora?

Las lágrimas que no podía hacer fluir por mis ojos, similar a un enjambre de abejas, zumbaban en mi cabeza. A una voluntad, hubiera podido oponerle la mía, igualmente impotente. Pero ante una ternura tal, no pensaba más que en someterme.

—Aquello que me digas que haga.

—No, no vuelvas a mentir. Siempre te he dejado que hagas lo que tú más deseas; continúa. Sin duda, conseguirás que me arrepienta de todo corazón.

En la primera juventud uno está inclinado a creer, como ocurre con las mujeres, que las lágrimas son un bálsamo para todo. Mi padre no pedía ver mis lágrimas. Ante su generosidad, sentía vergüenza del presente y del futuro. Porque sentía que cualquier cosa que le dijera, sería una mentira. «A menos que esa mentira le reconforte, pensaba, hasta que otra vez se convierta en fuente de nuevos pesares.» O por el contrario, tal vez sólo busque mentirme a mí mismo. Aquello que yo quería era hacer un trabajo que no fuera a fatigarme más que un paseo, y que dejara igualmente, a mi espíritu, la libertad de no apartarme ni un minuto de Marthe. Fingí que quería aprender a pintar y que no había osado decírselo jamás. Una vez más, mi padre no se niega, con la condición de que continuase estudiando en casa aquello que debería aprender en el colegio, pero con la libertad de pintar.

Cuando los vínculos no son todavía firmes, para perder a alguien de vista, es suficiente con no acudir a una cita. A fuerza de pensar en Marthe, cada vez pensaba menos. Mi mente se comportaba como nuestros ojos se comportan con el papel de las paredes de nuestra habitación. A fuerza de no verlo, acaban por no verlo jamás.

¡Cosa increíble! le tomé incluso gusto al trabajo. No había mentido, tal y como temía.

Mientras que cualquier cosa, llegada de fuera, me

obligaba a pensar menos perezosamente en Marthe, pensaba en ella sin amor, con la melancolía que se experimenta hacia lo que hubiera podido llegar a ser. «¡Bah!», me dije, «Hubiera sido demasiado bonito. No se puede elegir la cama y al mismo tiempo acostarse en ella.»

Una cosa llamaba de extrañeza a mi padre. La carta del subdirector no llegaba. Con motivo de ello me montó su primera escena, creyendo que había sustraído la carta, y me echó en cara haber fingido el anuncio gratuito de la noticia, para de esa manera obtener su indulgencia. En realidad, esa carta no existía. Creía que estaba expulsado del colegio, pero me equivocaba. Tampoco mi padre comprendió nada cuando al comienzo de las vacaciones, recibimos una carta del director.

Preguntaba si estaba enfermo y si sería necesario inscribirme para el año que viene.

La alegría de dar alguna satisfacción a mi padre colmaba un poco la vida sentimental en la que me encontraba, pues, si bien creía no amar ya a Marthe, la consideraba al menos como el único amor que había sido digno de mí. Es decir, que todavía la seguía queriendo.

En tales disposiciones de ánimo me hallaba cuando, a finales de setiembre, un mes después de haber recibido una carta invitación de su boda, encontré, al regresar a casa, una invitación de Marthe que comenzaba con estas líneas: «No entiendo el porqué de su silencio. ¿Por qué no viene a verme? ¿Acaso ha olvidado que fue usted quien eligió mis muebles?»

Marthe vivía en J...; su calle llegaba justo hasta el Marne. Cada acera reunía al menos una docena de villas. Me chocaba que la suya fuera tan grande. En realidad, Marthe ocupaba sólo la parte alta, los propietarios y un viejo matrimonio se repartían el resto.

Cuando llegué para merendar, era ya de noche. Sólo una ventana, a falta de una presencia humana, revelaba la del fuego. Al ver esta ventana iluminada por llamas desiguales, como olas, creí que se trataba del comienzo de un incendio. La puerta de hierro del jardín estaba entreabierta. Me sorprendía una negligencia semejante. Busqué el timbre: no lo encontré por ningún sitio. Al fin, subí los tres escalones de la escalinata y me decidí a golpear con los nudillos los cristales del piso de la planta baja, detrás de los cuales escuché una voz. Una vieja mujer abrió la puerta: pregunté por el domicilio de la Sra. Lacombe (tal era el nuevo nombre de Marthe): «Es arriba». Subí las escaleras a oscuras, tropezando, dándome golpes, y temiendo que hubiera sucedido alguna desgracia. Llamé. Fue Marthe quien vino a abrirme la puerta. Estuve a punto de arrojarme en sus brazos, como las personas que apenas se



conocen, luego de haber escapado de un naufragio. Ella no entendía nada. Vio en mí una mirada extraviada, sin lugar a dudas, porque, antes que nada, le pregunté a ver por qué «había fuego».

—Es porque mientras le aguardaba he encendido la chimenea del salón con madera de olivo, a cuya luz estaba leyendo.

Al entrar en la pequeña habitación que le servía de salón, poco recargada de muebles, a la que los papeles pintados y las gruesas alfombras suaves como la piel de un animal salvaje, la empequeñecían justo hasta darles el aspecto de una cajita, fui a la vez feliz y desgraciado como un dramaturgo que al ver su obra descubre demasiado tarde las faltas.

Marthe se había vuelto a tender junto a la chimenea, atizando las brasas, y poniendo cuidado de no mezclar ningún trocito de carbón con las cenizas.

—¿Tal vez no le guste el olor del olivo? Mis suegros me han hecho llegar una buena provisión de su propiedad del Midi.

Marthe parecía excusarse por ese detalle de cosecha propia, en aquella habitación que era obra mía. Puede ser que ese elemento destruyera un todo, que ella no acababa de comprender.

Al contrario. Ese fuego me entusiasmaba, y también ver que aguardaba al igual que yo a sentirse ardiendo por un lado, para darse la vuelta del otro. Su rostro tranquilo y serio nunca me había parecido más hermoso que bajo esa luz salvaje. Al no poder expandirse por la habitación, esa luz guardaba toda su fuerza. Si te alejabas de él, se hacía de noche, y te dabas golpes contra los muebles.

No había en Marthe ninguna picardía. En su jovialidad, permanecía grave.

Mi mente se embotaba poco a poco junto a ella; la encontraba diferente. Porque, ahora que estaba seguro de no quererla más, comenzaba precisamente a amarla. Me sentía incapaz de cálculos, de maquinaciones que, justo hasta entonces, e incluso en ese mismo momento, creía que eran parte de los juegos del amor. De golpe, me sentí mejor. Este brusco cambio habría abierto los ojos de cualquier otro: no veía que estaba enamorado de Marthe. Al contrario, vi la prueba de que mi amor estaba muerto, y que una bella amistad lo reemplazaba. Esa larga perspectiva de amistad me hizo admitir súbitamente hasta qué punto hubiera resultado criminal cualquier otro sentimiento, pues hubiese herido a un hombre que la amaba, a quien ella pertenecía, y que no podía estar con ella.

Sin embargo, otra cosa habría de haberme aclarado mis verdaderos sentimientos. Unos meses atrás, cuando me encontré con Marthe, mi supuesto amor no me dejaba juzgarla, ni encontrar feas la mayor parte de las cosas que a ella le parecían bonitas, ni pueriles, la mayoría de las cosas que ella decía. Hoy día, si no pienso como ella, pienso que estoy equivocado. Luego de la grosería de mis primeros deseos, era el dulzor de un sentimiento más profundo el que me confundía. Comenzaba a respetar a Marthe, porque comenzaba a amarla.

Iba todas las tardes; ni siquiera pensaba en pedirle que me mostrara su habitación, y todavía menos en preguntarle cómo encontraba Jacques nuestros muebles. No deseaba otra cosa que uno de esos noviazgos eternos, nuestros cuerpos tendidos cerca de la chimenea, tocándose el uno al otro, sin atreverme a moverme, temeroso de que uno solo de mis gestos fuera suficiente para destruir toda esa felicidad.

Pero Marthe, atrapada en el mismo encantamiento, creía que sólo lo experimentaba ella. En mi perezosa felicidad, creía ver indiferencia. Pensando que no la quería, se imaginaba que pronto me marcharía de ese salón silencioso, a no ser que hiciera algo para atarme a ella.

Permanecíamos callados. Yo viendo en ello una prueba de nuestra felicidad.

Me sentía tan cerca de Marthe, con la certitud de que pensábamos al mismo tiempo en las mismas cosas, que decirle algo me hubiera parecido absurdo, como hablar alto cuando se está solo. Ese silencio mortificaba a la pobrecilla. Lo sabio hubiera sido servirme de medios de comunicación más groseros que la palabra, deplorando eso sí que no existiera ningún otro medio más sutil.

Al verme todos los días sumergirme cada vez más en ese delicioso mutismo, Marthe se imaginaba que mi aburrimiento iba en aumento. Ella se sentía dispuesta a todo con tal de distraerme.

Le gustaba dormir junto al fuego con el pelo suelto. O más bien yo creía que dormía. Su sueño le valía de pretexto para pasar su brazo alrededor de mi cuello, y una vez despierta, con los ojos humedecidos, decirme que acababa de tener un sueño muy triste. Ella nunca quería contármelo. Yo me aprovechaba de su falso sueño para respirar su pelo, su cuello, sus brillantes mejillas, y las rozaba ligeramente para que no se despertara; caricias todas que no son, tal y como se cree, la moneda pequeña del amor, sino, al contrario, la más valiosa, y a las que sólo la pasión puede recurrir. Yo, por mi parte, las consideraba permitidas por razones de amistad. Sin embargo, comenzaba a desesperarme seriamente al ver que sólo el amor nos da privilegios sobre una mujer. Bien podría pasarme sin amor, solía pensar, pero jamás podría resignarme a no tener ningún derecho sobre Marthe. Y para tenerlo, estaba así mismo decidido al amor, a pesar de que lo deploraba. Deseaba a Marthe y no lo comprendía.

Cuando ella dormía así, su cabeza apoyada contra uno de mis brazos, me inclinaba sobre ella para ver su rostro rodeado de llamas. Era jugar con fuego. Un día que me aproximé demasiado aunque sin que mi rostro llegara a tocar el

suyo, fue como si me hubiera convertido en la aguja que traspasa en un milímetro la zona prohibida pero que pertenece ya para entonces al imán. ¿Es culpa de la aguja o del imán? Es así que sentí mis labios contra los suyos. Ella cerraba todavía los ojos, pero visiblemente, como quien no está dormido. La abracé, estupefacto de mi audacia, cuando en realidad era ella quien, al tiempo que yo acercaba mi rostro, había atraído mi cabeza hacia su boca. Sus dos manos se agarraron a mi cuello, no se hubieran agarrado con menos furia en un naufragio. Y no sabía bien si quería que yo la salvara, o que me ahogara con ella.

Ahora ella estaba sentada, sosteniendo mi cabeza sobre sus rodillas, acariciando mis cabellos, y repitiendo con mucha dulzura: «Tienes que irte, y no debes volver nunca más.» No osaba tutearla; pero como no podía estar callado, buscaba largas palabras, construyendo mis frases de manera que no le hablaba directamente, porque si bien no podía tutearla, sentía que era del todo imposible que pudiera seguir tratándola de usted. Mis lágrimas me quemaban. Si caía una sobre la mano de Marthe, aguardaba a que lanzara un grito. Me acusaba de haber roto el hechizo, diciéndome que en efecto había sido un loco al posar mis labios contra los suyos, olvidando que había sido ella quien me había abrazado. «Tienes que irte, y no debes volver nunca más.» Mis lágrimas de rabia se mezclaban con mis lágrimas de pena. De igual manera, el furor del lobo resulta tan dañino como la trampa. Si hubiera hablado, hubiera sido para injuriar a Marthe. Mi silencio la inquietaba; ella veía en ello resignación. «Puesto que es demasiado tarde», pensaba, en mi injusticia quizás clarividente, «al fin y al cabo no me importa que sufra.» En medio del fuego, tiritaba, castañeteaba los dientes. A mi verdadera pena que me surgía desde la infancia, se añadían sentimientos infantiles. Era el espectador que no quiere acudir a presenciar la obra porque el desenlace le disgusta. Le dije: «No me iré. Usted se ha burlado de mí. No quiero volver a verla.»

Porque si bien no quería regresar a casa de mis padres, tampoco quería volver a ver a Marthe. ¡La hubiera echado de su propia casa!

Pero ella sollozaba: «Eres un niño. No comprendes que si te pido que te vayas, es porque te quiero.»

Repliqué con odio que comprendía muy bien sus obligaciones y que su marido estaba en la guerra.

Ella sacudió la cabeza: «Antes de conocerte, era feliz, creía que amaba a mi novio. Le perdonaba que no me comprendiera bien. Eres tú quien me ha hecho ver que no le quiero. Mi deber es lo que tú piensas. No se trata de no mentir a mi marido, sino de no mentirte a ti. Vete y no me creas malvada; pronto me habrás olvidado. No quiero ser la causa de tu desdicha en la vida. ¡Lloro, porque soy demasiado vieja para ti!»

Esas amorosas palabras eran infantilmente sublimes. Y, cualesquiera que sean las pasiones que de allí en adelante experimentara, nunca más volvería a conocer la emoción adorable de ver llorar a una joven de diecinueve años porque se sentía demasiado vieja.

El sabor del primer beso me había decepcionado como un fruto que se degusta por primera vez. No es en la novedad, sino en el hábito en donde encontramos los grandes placeres. Algunos minutos después, no sólo estaba habituado a la boca de Marthe, sino que no podía pasarme sin ella. Y es entonces cuando me hablaba de privarme de ella para siempre jamás.

Aquella tarde, Marthe vino conmigo hasta casa. Para sentirme más cerca de ella, me acurrucaba bajo su capa, y la cogía de la cintura. Ya no me decía que era necesario que dejásemos de vernos; al contrario, se ponía triste al pensar que debíamos separarnos dentro de unos pocos minutos. Me hizo prometer mil locuras.

Cuando llegamos a casa de mis padres, no quise dejar a

Marthe regresar sola, y la acompañé hasta su casa. Sin duda, ese comportamiento infantil no habría de tener nunca un final, porque ella todavía se empeñaba en acompañarme. Yo acepté, con la condición de que a medio camino regresaría a su casa.

Llegué a cenar una media hora tarde. Era la primera vez que ocurría. Eché al tren la culpa del retraso. Mi padre puso cara de creérselo.

Luego ya nada me pesaba. En la calle, caminaba tan ligero como en mis sueños.

Hasta aquí, todo lo que había codiciado, de niño, había acabado siendo motivo de duelo. De otra parte, la gratitud me echaba a perder los juguetes recibidos. ¡Qué prestigio puede tener para un niño un juguete que se da a sí mismo! Estaba ebrio de pasión. Marthe era mía; no era yo quien lo decía, sino ella. Podía tocar su cuerpo, besar sus ojos, sus brazos, vestirla, maltratarla, a mi antojo. En mi delirio, la mordía en las partes de su piel que quedaban al descubierto, para que su madre sospechara que tenía un amante. Hubiera podido marcarle mis iniciales. Mi salvajismo de niño encontraba el viejo sentido de los tatuajes. Marthe decía: «Sí, muérdeme, márcame, quiero que todo el mundo lo sepa.»

Hubiera querido besarle los senos. Pero no me atrevía a pedírselo, pensando que ella misma sabría ofrecérmelos como había hecho con sus labios. Al cabo de algunos días, acostumbrado a conseguir sus labios, no podía considerar una delicia mayor.

Leíamos juntos a la luz del fuego. Ella arrojaba con frecuencia las cartas que su marido le enviaba, cada día, del frente. Por su inquietud, se adivinaba que las de Marthe eran cada vez menos tiernas y cada vez más extrañas. Yo no veía arder esas cartas sin sentir cierto malestar. Avivaban por un segundo el fuego y, por ello, tenía miedo de verlo todo más claro.

Marthe, que con frecuencia ahora me preguntaba si era verdad que la había amado desde nuestro primer encuentro, me reprochaba no habérselo dicho antes de su matrimonio. Ella no se hubiera casado, pretendía; porque, si acaso había sentido por Jacques una suerte de amor al principio de su noviazgo, por cierto, demasiado largo por causa de la guerra, había ido poco a poco apagándose en su corazón. Cuando se casó ya no amaba a Jacques. Esperaba que esos quince días de permiso concedidos a Jacques transformarían tal vez sus sentimientos.

Fue poco hábil. Aquél que ama pone nervioso siempre a quien no ama. Y Jacques la quería aún más. Sus cartas eran las de alguien que sufre, pero ponía a su Marthe en un lugar demasiado alto para creerla capaz de una traición. Y así, sólo se acusaba a él, suplicándole únicamente que le explicara qué es lo que había hecho mal: «Me siento tan grosero al lado tuyo, siento que cada una de mis palabras te hieren.» Marthe le respondió solamente que se equivocaba, que no le reprochaba nada.

Estábamos en aquél entonces a comienzos de marzo. La primavera venía adelantada. Los días que no venía conmigo a París, Marthe, vestida sólo con un albornoz, aguardaba que regresara de mis cursos de dibujo, echada junto a la chimenea donde ardía siempre la madera de olivo de sus suegros. Les

había pedido que le renovaran su provisión de leña. No sé que suerte de timidez me contenía; tal vez se tratase de aquella que se experimenta ante lo que no se ha hecho nunca. Pensaba en Dafnis. En ese caso era Cloe quien había recibido algunas lecciones, y Dafnis no se atrevía a pedirle que se las enseñara. De hecho, ¿no consideraba a Marthe como una virgen, entregada, en la primera quincena de sus bodas, a un desconocido y varias veces tomada a la fuerza?

A las noches, solo en mi cama, llamaba a Marthe, recriminándome, yo que me consideraba ya un hombre, no serlo sin embargo lo bastante como para acabar de convertirme en su amante. Cada día, cuando acudía a su casa, me prometía que no me iría sin haberlo hecho.

El día en que cumplí dieciséis años, el mes de marzo de 1918, y suplicando que no me disgustara, me hizo obsequio de un albornoz, parecido al suyo, que deseaba vérmelo puesto en su casa. Lleno de alegría, poco me faltó para hacerle un retruécano, yo que no los hacía nunca. ¡La bata-pretexto! Porque me parecía que justo lo que hasta entonces había frenado mi deseo, era el temor al ridículo, de sentirme vestido, mientras que ella no lo estaba. En primer lugar, pensé en ponerme esa ropa el mismo día. Después, enrojecí, al comprender el reproche que contenía su regalo.



Desde el inicio de nuestro amor, Marthe me había dado una llave de su apartamento, a fin de que no tuviese que aguardarla en el jardín, si, por casualidad, ella estuviera en la ciudad. Podía servirme menos inocentemente de esta llave. Estábamos a sábado. Dejé a Marthe luego de prometerle venir a almorzar al día siguiente con ella. Pero yo estaba decidido a regresar por la noche lo antes posible.

Durante la cena, anuncié a mis padres mi intención de emprender al día siguiente con René una larga caminata hasta el bosque de Sénart. Por ello, debía partir a las cinco de la mañana. Como a esa hora todos en casa estarían durmiendo, nadie podría adivinar la hora a la que partiría, ni si había dormido fuera de casa.

En cuanto hice a mi madre partícipe de este proyecto, se empeñó en prepararme una cesta llena de provisiones, para el camino. Lo cual me dejó consternado, puesto que la cesta echaba por tierra todo lo que mi acción tenía de novelesco y sublime. Yo que gozaba por adelantado del susto que le daría a Marthe cuando entrara en su habitación, podía imaginarme ahora las carcajadas de risa cuando me viera aparecer como el príncipe Encantado, con una cesta de viandas bajo el brazo. Traté de convencer a mi madre de que René estaba bien provisto de todo, pero no quiso ni escucharme. Una mayor resistencia, hubiera levantado sospechas.

Aquello que es motivo de desdicha para unos, lo es de felicidad para otros. Mientras mi madre llenaba la cesta que me echaba a perder por adelantado mi primera noche de amor, podía imaginarme la mirada codiciosa de mis hermanos. Pensé en ofrecérselo todo a escondidas, pero una vez que se lo hubieran comido, ante el riesgo de ganarse una azotaina, y sobre todo por el placer de perderme, lo hubieran contado todo.

Tenía pues que resignarme, ya que ningún escondite parecía lo suficientemente seguro.

Me había prometido no salir de casa ni un minuto antes para estar seguro de que mis padres dormían. Traté de leer. Pero al oír sonar las dos en el reloj de la alcaldía, y como mis padres hacía ya bastante tiempo que se habían acostado, no pude esperar más. Su dormitorio estaba en el primer piso, y el mío en la planta baja. No me había calzado las botas a fin de escalar el muro lo más sigilosamente posible. Las sostenía en una mano, teniendo en la otra la panera, bastante frágil a causa de las botellas, y abrí con precaución una pequeña puerta trasera. Llovía. ¡Tanto mejor! La lluvia amortiguaría el ruido. Al darme cuenta de que la luz del dormitorio de mis padres no estaba todavía apagada, estuve a punto de regresar al dormitorio. Pero ya estaba en camino. La precaución de las botas resultaba imposible; a causa de la lluvia, me las puse. Luego, tenía que escalar el muro para no sacudir la campana de la verja. Me aproximé al muro contra el que en previsión había, después de la cena, acercado una silla del jardín para facilitar mi evasión. Este muro estaba guarnecido de tejas en su parte de arriba. La lluvia las había vuelto resbaladizas. Cuando me suspendí, una de ellas cayó. Mi angustia centuplicó el ruido de su caída. Ahora había que saltar a la calle. Sostenía la cesta con mis dientes; caí en un charco. Luego de un minuto eterno, me puse en pie, los ojos fijos en la ventana de mis padres, para ver si observaba algún movimiento, o si se habían apercebido de algo. Pero la ventana continuó vacía. ¡Estaba a salvo!

Para llegar hasta casa de Marthe, seguí la orilla del Marne. Estaba dentro de mis cálculos esconder la cesta en algún matorral y recogerla al día siguiente. Era un asunto que con la guerra se había vuelto peligroso. En efecto, en el único lugar en donde había matorrales y en donde era posible esconder la panera, había un centinela, vigilando el puente de J... Dudé durante un buen rato, más pálido que un hombre que se dispone a colocar un cartucho de dinamita. Al final, me

decidí a guardar allí mis vituallas.

La verja de Marthe estaba cerrada. Cogí la llave que siempre dejaba en el buzón. Atravesé el pequeño jardín a hurtadillas, luego subí los escalones de la escalinata. Antes de subir por la escalera, me quité las botas.

¡Marthe era tan nerviosa! Puede que se desmayara y todo al verme entrar en su habitación; no encontraba el ojo de la cerradura. Por fin, giré la llave lentamente, para no despertar a nadie. Tropecé en el recibidor con el paraguero. No podía distinguir los interruptores de la luz y los de los timbres. Así que fui a ciegas hasta la habitación. La tentación de huir aún me detuvo. Tal vez Marthe no me lo fuera a perdonar nunca. ¡O incluso, y si acaso me enterase de golpe de que me engaña, y la encontrara con otro hombre!

Abrí la puerta. Murmuré:

—¿Marthe?

Y ella respondió:

—Antes que darme un susto semejante, mejor es que hubieras venido por la mañana. ¿Te han dado el permiso ocho días antes?

¡Me tomaba por Jacques!

Bien es cierto que había podido comprobar el recibimiento que le hacía; aunque también es cierto que me había ocultado algo. ¡Jacques llegaría dentro de ocho días!

—Estás todo mojado. Ve a secarte.

Luego, se dio la vuelta y lanzó un grito.

En un segundo, cambió de actitud y, sin tomarse la molestia de explicarse mi presencia nocturna:

—¡Oh, pobrecito mío, vas a enfermar! Quítate la ropa ahora mismo.

Corrió a avivar el fuego del salón. Cuando regresó al dormitorio, como no me movía, dijo:

—¿Quieres que te ayude?

Yo que por dentro siempre había temido el momento en que tendría que desnudarme porque creía que iba a hacer el

ridículo, bendecía esa lluvia gracias a la cual el acto de desnudarme había pasado a tener un sentido maternal. Pero Marthe iba y venía una y otra vez del cuarto a la cocina y viceversa, para ver si el agua de mi grog estaba ya caliente. Al fin me encontró desnudo sobre la cama, semitapado con el edredón. Me regañó: había que estar loco para quedarse ahí desnudo; tenía que darme unas fricciones con agua de colonia.

Luego Marthe abrió un armario y me lanzó un pijama. ¡Era un pijama de Jacques! Y se me ocurrió pensar que tal vez el soldado hiciera en ese momento su aparición, tal y como Marthe había creído en un principio.

Estaba en la cama. Marthe se unió a mí. Le pedí que esperara. Porque, incluso en sus brazos, desconfiaba de mi timidez. Las tinieblas me darían coraje. Marthe me respondió con dulzura:

—No. Quiero verte dormir.

Al oír esa frase llena de candor, sentí una sensación embarazosa. Podía ver la conmovedora dulzura de esta mujer que lo arriesgaba todo por convertirse en mi amante y, no pudiendo adivinar mi enfermiza timidez, dejaba que me quedara dormido junto a ella. Después de cuatro meses en los cuales decía amarla, no le había dado todavía esa prueba de la que los hombres acostumbran a ser tan pródigos y que con frecuencia ofrecen en lugar del amor. Tuvo que insistir para apagar la luz.

Me encontraba tan confundido como antes de entrar en casa de Marthe. Pero al igual que la espera ante la puerta no podía durar mucho, tampoco podía ser larga la espera ante la puerta del amor. Por lo demás, mi imaginación se prometía voluptuosidades tales que jamás ella llegaría a concebir. Por primera vez también, dudaba de si debía parecerme al marido y dejar a Marthe un mal recuerdo de nuestros primeros momentos amorosos.

Ella fue desde luego más feliz que yo. Pero cuando nuestros cuerpos se desenlazaron, y me miró con aquellos ojos, comprendí que mi desasosiego había merecido la pena.

Su rostro había cambiado. Me extrañaba igualmente de no poder tocar la aureola que rodeaba a su cuerpo, como en los cuadros religiosos.

Aliviado de esos temores, me sobrevinieron otros.

Y es que, comprendiendo al fin el poder de los actos que hasta entonces no había osado realizar llevado por mi timidez, tenía que Marthe se hallara unida a su marido más de lo que ella misma creía.

Como me resulta imposible comprender aquello que pruebo la primera vez, tenía que conocer cada día un poco más todo lo que atañe a los juegos amorosos.

Entretanto, el falso placer me trajo consigo un verdadero suplicio de hombres: los celos.

Quería a Marthe, porque comprendía, en su rostro agradecido, todo lo que valen los vínculos carnales. Maldecía al hombre que había despertado su cuerpo antes que yo. Tomé en consideración mi tontería de haber visto en Marthe una virgen. En otra época, desear la muerte de su marido, había sido una mera quimera infantil, pero ese deseo se había vuelto ahora casi tan criminal como si lo hubiera llegado a cometer. Debía a la guerra mi felicidad incipiente; aguardaba el apoteosis. Esperaba que la guerra se pusiera al servicio de mi odio, como si un ser anónimo viniera a cometer el crimen por nosotros.

Ahora, llorábamos juntos; era la falta de felicidad. Marthe me reprochaba no haber impedido su matrimonio. «Pero y en ese caso, ¿estaría ella ahora en esta cama elegida por mí? Seguiría viviendo en casa de sus padres; no podríamos vernos. No habría pertenecido nunca a Jacques, pero tampoco me hubiera pertenecido a mí. Sin él, y sin ánimo de hacer comparaciones, puede ser que mi pesar fuera todavía mayor, al esperar más.

No odiaba a Jacques. Odiaba la certeza de debérselo todo a aquel hombre a quien engañábamos. Pero amaba demasiado a Marthe como para encontrar criminal nuestra felicidad.»

Lloramos juntos por no ser más que unos niños, que apenas disponían de nada. ¡Raptar a Marthe! Como no pertenecía a nadie, más que a mí, sería raptármela a mí mismo, puesto que nos separarían. Considerábamos ya el final de la guerra, que sería el de nuestro final. Nosotros lo sabíamos, aun cuando Marthe me juraba que lo abandonaría todo, que me seguiría a cualquier parte; yo no soy de una naturaleza dada a las rebeldías, y, poniéndome en lugar de Marthe, no podía imaginar una ruptura tan alocada. Marthe me explicó por qué se encontraba tan vieja. Con quince años, la vida no había hecho sino comenzar para mí, sería amado por mujeres que tendrían la edad de ella. «Sólo me quedará sufrir», añadió. «Si me abandonas, me moriré. Si te quedas, será por debilidad, y yo sufriré al ver sacrificada tu felicidad.»

A pesar de mi indignación, no parecía en absoluto bastante convencido de lo contrario. Pero Marthe sólo deseaba serlo, y mis peores razones le parecían buenas. Ella respondía: «Sí, no había caído en la cuenta. Ya veo que lo tienes muy claro.» Yo, ante los temores de Marthe, sentía que mi confianza no era tan sólida como ella creía. Razón por la que mis consuelos resultaban de poco fundamento. Parecía que era por educación que no deseaba desengañarla. Le decía: «No, mujer, no. Estás loca.» ¡Ah! Era todavía demasiado sensible a la juventud, y ello me impedía imaginar que un día me separaría de Marthe, el día en que su belleza se desvaneciera, y que sobreviniera la mía.

Aunque mi amor me parecía haber alcanzado su forma definitiva, se hallaba tan sólo en su primera fase. Se debilitaba al primer obstáculo.

De manera que las locuras que aquella noche cometimos con nuestro espíritu, nos fatigaron más incluso que las que pudimos cometer con nuestros cuerpos. Parecía que unas nos ayudaban a descansar de las otras; en realidad, nos consumían. Los gallos, bastante abundantes, comenzaron a cantar. Habían cantado durante toda la noche. Me apercibí de

ese poético mensaje: los gallos cantan a la salida del sol. No era nada extraordinario. Mi edad desconocía el insomnio. Pero Marthe se dio cuenta también, y con bastante sorpresa, que debía ser por fuerza la primera vez. No podía comprender por qué la abrazaba con tanta fuerza, y su sorpresa me dio la prueba de que no había pasado nunca una noche en blanco con Jacques.

Mis trances me hacían creer que nuestro amor era un amor excepcional. Creíamos que éramos los primeros en experimentar determinados problemas, pues no sabíamos que el amor es como la poesía, y que todos los amantes, incluidos los más mediocres, se imaginan ser los primeros. Decía a Marthe (aunque sin llegar a creerlo), mas bien para que creyera que compartía sus inquietudes: «Me abandonarás; te gustarán otros hombres». Ella afirmaba estar segura de sí misma. Yo, por mi parte, me persuadía poco a poco de que no la dejaría, incluso cuando ya no fuera tan joven, y que mi pereza acabaría por hacer depender de su energía nuestra eterna felicidad.

El sueño nos había cogido por sorpresa en nuestra desnudez. Al despertar y verla destapada, temí que hubiera podido enfriarse. Cubrí su cuerpo. Toqué su cuerpo. Estaba ardiendo. Verla dormir me procuró una voluptuosidad sin igual. Al cabo de diez minutos, esa voluptuosidad me pareció insoportable. Besé a Marthe en la espalda. Continuó dormida. Un segundo beso, menos casto, la sacudió con la violencia de un despertador. Se sobresaltó y, frotándose los ojos, me cubrió de besos, como alguien a quien se ama y encontramos en la cama luego de haber soñado que había muerto. Ella, por el contrario, había creído soñar aquello que precisamente era cierto, que me encontraba al despertarse.

Eran ya las once. Estábamos bebiendo nuestro chocolate, cuando oímos sonar el timbre. Pensé que podía ser Jacques: «Ojalá tenga un arma.» A mí que tanto me asustaba la muerte, y sin embargo ni temblaba. Al contrario, hubiera aceptado que se tratara de Jacques, a condición que nos matara.

Toda otra solución me parecía ridícula.

Pensar en la muerte con calma no sirve de nada, a no ser que estemos solos. La muerte en compañía de una segunda persona no es la misma muerte, ni tan siquiera para los incrédulos. Lo que nos entristece, no es el hecho de dejar de vivir, sino perder aquello que daba un sentido a nuestra vida. Si un amor es nuestra vida, ¿qué diferencia hay entre vivir juntos o morir juntos?

No tuve tiempo de creerme un héroe, porque, al pensar en la posibilidad de que Jacques no matara más que a Marthe, o a mí, mantenía a raya mi egoísmo. ¿Acaso sabía yo cuál de esos dos dramas era el peor?

Como Marthe no se movió, pensé que me había equivocado, y que habían llamado a casa del vecino. Pero el timbre volvió a sonar.

—¡Calla, no te muevas! —susurró Marthe—, debe de ser mi madre. Había olvidado por completo que pasaría después de misa.

Era feliz de ser testigo de uno de sus sacrificios. Si una amante, un amigo, llegan con unos minutos de retraso a una cita, me imagino que están muertos. Atribuyendo esa forma de angustia a su madre, saboreaba su temor, así como el hecho de que fuera por culpa mía que lo experimentara.

Escuchamos cerrarse la puerta del jardín, después de un conciliábulo (evidentemente, la Sra. Grangier preguntaba en el piso de abajo si habían visto esa mañana a su hija). Marthe miró por los postigos y dijo: «Sí, era ella.» No pude resistirme al placer de ver, también yo, a la Sra. Grangier marcharse, llevando en la mano su libro de misa, inquieta por la incomprensible ausencia de su hija. Todavía se volvió una vez más hacia los postigos entornados.



Ahora que no me quedaba nada más por desear, sentía que me volvía injusto. Me afectaba constatar que Marthe podía mentir sin escrúpulo a su madre, y mi mala fe le reprochaba esa facilidad con la que mentía. Pero el amor, que es un egoísmo a dos, sacrifica todo a sí mismo, y se alimenta de mentiras. Impulsado por el mismo demonio, incluso le eché en cara haberme ocultado la llegada de su marido. Hasta entonces había mantenido a raya mi despotismo, no creyéndome con derecho para reinar sobre Marthe. Mi dureza tenía sus momentos de calma. «Pronto me habrás tomado horror. Soy como tu marido, igual de brutal.» «El no es brutal», decía ella. Pero yo insistía igual. Me quejaba: «De manera que nos engañas a los dos, dime que le amas, alégrate: dentro de ocho horas podrás engañarme con él.»

Marthe se mordía los labios, lloraba: «¿Qué he hecho para que te vuelvas tan malvado? Te lo suplico, no estropees nuestro primer día de felicidad.»

—Poco tienes que quererme, para que hoy sea tu primer día de felicidad.

Este tipo de golpes hieren también a quien los asesta. No pensaba nada de lo que decía, y sin embargo sentía la necesidad de decirlo. Me era imposible explicar a Marthe que mi amor hacia ella iba en aumento. Sin lugar a dudas había alcanzado la edad ingrata, y esta broma feroz, era la transformación del amor en pasión. Sufría. Suplicaba a Marthe que olvidara mis arrebatos.

La criada de los propietarios deslizó una cartas por debajo de la puerta. Marthe las recogió. Dos eran de Jacques. En respuesta a mis dudas: «Haz, me dijo, lo que quieras con ellas.». Me sentí avergonzado. Le pedí que las leyera, pero que no me contara nada. Marthe, por uno de esos reflejos que nos impulsan a las peores bravatas, rasgó uno de los sobres por la mitad. La carta debía de ser larga, a juzgar por lo que le costó romperla. Su gesto dio paso a una nueva andanada de reproches. Detestaba esa bravata, los remordimientos que seguro habrían de asaltarla más tarde. Hice, a pesar de todo, un esfuerzo y, deseando que no rompiera también la segunda carta, me guardé para mis adentros que, luego de esa escena, resultaba imposible pensar que Marthe no era realmente perversa. A instancias mía, la leyó. Un reflejo hubiera podido hacerle desear leer la primera carta, aunque nunca lo llegaría a reconocer, y menos luego de haber echado un vistazo a la segunda: «El cielo nos recompensa de no haber destruido la carta. Jacques me anuncia que los permisos acaban de ser suspendidos en su sector, y que no vendrá hasta pasado un mes.»

Sólo el amor es excusa para una falta de buen gusto semejante.

Este marido comenzaba a fastidiarme, más que si hubiera estado allí y hubiera sido necesario andarse con cuidado. Una carta suya tomaba de repente la importancia de un espectro. Solíamos almorzar tarde. Hacia las cinco, íbamos a pasearnos a la orilla del agua. Marthe quedó estupefacta al ver que de unos arbustos sacaba mi cesta, bajo la mirada atenta del centinela. La historia de la cesta le divirtió mucho. Ya no me importaba si era grotesco o no. Caminábamos sin darnos

cuenta de lo indecente de nuestro porte, nuestros cuerpos estrechados el uno junto al otro. Nos cogíamos de la mano. Este primer domingo de sol había hecho proliferar los paseantes con sombrero de paja, como la lluvia hace otro tanto con los champiñones. Las personas que conocían a Marthe no se atrevían a darle los buenos días; pero ella no se daba cuenta de nada, y les saludaba sin malicia. Debían de ver en ello una fanfarronada. Marthe me hacía preguntas sobre cómo me había fugado de casa. Se reía, pero luego su rostro se ensombreció; me dio las gracias, cogiéndome la mano con fuerza, por haber corrido tantos riesgos por ella. Volvimos otra vez a su casa, para dejar allí la cesta. A decir verdad, había entrevisto para esta cesta, bajo la forma de envío a las fuerzas armadas, un final digno de sus aventuras. Pero hubiera sido un final tan extravagante que mejor la guardé para mí.

Marthe quería continuar por el Marne hasta La Varenne. Cenaríamos frente a la Isla del Amor. Le prometí enseñarle el Museo del Escudo de Francia, el primer museo que había visto nunca, de niño, y que me había deslumbrado. Había hablado de él a Marthe como una cosa muy interesante. Pero cuando constatamos que aquel museo era una farsa, no quise admitir que me había equivocado acerca de ello. ¡Las tijeras de Fulbert! ¡todo! me lo había creído todo! Creía haber gastado a Marthe una inocente broma. Ella no entendía nada, porque no estaba acostumbrada a mis bromas. A decir verdad, esta contrariedad me tornó melancólico. Me decía: Así como hoy día creo en el amor de Marthe, tal vez un día me resulte ser un engañabobos, tal y como ha ocurrido con el Museo del Escudo de Francia.

Porque con frecuencia dudaba de su amor. Algunas veces, me preguntaba si yo no era para ella un mero pasatiempo, un capricho del que podría zafarse de un día a otro, cuando la paz la llamara a cumplir con sus deberes. Sin embargo, pensaba, hay momentos en que una boca, unos ojos no pueden mentir. Cierto. Pero una vez ebrios, incluso los

hombres menos generosos se enfadan si no se les acepta su reloj, su billetero. En tales momentos, son tan sinceros que se encuentran incluso en estado normal. Los momentos en los que no se puede mentir son precisamente aquellos en los que más se miente, y sobre todo así mismos. Creer a una mujer «en el momento en el que no puede mentir», es creer en la falsa generosidad de un avaro.

Mi clarividencia no era más que una forma más peligrosa de mi ingenuidad. Me juzgaba menos ingenuo, pero lo era bajo una otra forma, porque cada edad no escapa a la ingenuidad. La vejez misma no es precisamente la menor de las ingenuidades. Esa pretendida clarividencia me asombraba en gran manera, me hacía dudar de Marthe. Antes, dudaba de mí, no hallándome digno de ella. Aún cuando hubiese tenido mil pruebas de su amor, no hubiera sido por ello menos desgraciado.

Sabía muy bien el gran valor que tiene aquello que no llega a expresarse jamás a quien se ama, por el temor de parecer pueril, como para no temer en casa de Marthe ese pudor lastimoso, y sufría por no poder penetrar en su espíritu.

Regresé a casa a las nueve y media de la noche. Mis padres me preguntaron acerca de mi excursión. Yo les describí con entusiasmo el bosque de Sénart y sus helechos dos veces más altos que yo. También les hablé de Brunoy, encantador pueblecito en el que habíamos almorzado. De golpe, mi madre, burlona, me interrumpió:

—A propósito, René ha venido esta tarde a las cuatro, y ha quedado muy sorprendido al saber que había ido de excursión contigo.

Enrojecí de puro despecho. Esta aventura, y algunas otras, me enseñarían que, a pesar de ciertas disposiciones innegables, no estoy hecho en absoluto para la mentira. Siempre me pillan. Mis padres no añadieron nada más. Se contentaron con un modesto triunfo.

Mi padre, por otro lado, era inconscientemente cómplice de mi primer amor. Incluso lo alentaba, encantado al ver que mi precocidad se afirmaba de una manera o de otra. Siempre había tenido miedo de que cayera en las manos de una mala mujer. Estaba contento de saber que era amado por una chica estupenda. No se irritó hasta el día en que tuvo la prueba de que Marthe deseaba el divorcio.

Pero mi madre no veía nuestra unión con tan buenos ojos. Estaba celosa. Miraba a Marthe con ojos de rival. Encontraba a Marthe antipática, sin darse cuenta de que toda mujer, ligada amorosamente a mí, se lo habría resultado. Por otra parte, se preocupaba más que mi padre del qué-dirán. Se extrañaba que Marthe se hubiera podido comprometer con un chico de mi edad. Además, había sido educada en F... En todos estos pequeños pueblos del extrarradio, desde el momento en que se alejan de los barrios obreros, reinan las mismas pasiones, la misma sed de habladerías que en provincias. Pero, por contra, la vecindad con París torna las habladerías, las suposiciones, más desvergonzadas. Cada uno tiene que tener su lugar. Es así que por tener una amante, cuyo marido era soldado, he visto poco a poco, y exhortados por sus padres, alejarse de mí a los antiguos compañeros. Desaparecieron por orden jerárquico: después el hijo del notario, justo después del hijo de nuestro jardinero. Mi madre acusaba esas medidas que yo consideraba como una ofrenda. Me veía perdido por una loca. Reprochaba por supuesto a mi padre el habérmela presentado, y le echaba en cara que cerrara los ojos. Pero, creyendo que era mi padre a quien tocaba hacer algo, y en vista de que éste callaba, ella también guardaba silencio.

Pasaba todas mis noches en casa de Marthe. Llegaba a las diez y media, y volvía a marcharme por la mañana hacia las cinco o las seis. No volvía a saltar por encima de los muros. Me contentaba con abrir la puerta con una llave; pero esta franquicia exigía algunas atenciones. Para que la campana no diera la alerta, por la noche envolvía el badajo con algodón. Lo quitaba al día siguiente, al regresar.

En casa, nadie dudaba acerca de mis ausencias; no sucedía lo mismo en J... Al cabo de algún tiempo, los propietarios y el viejo matrimonio me miraban con mal ojo, respondiendo a penas a mis saludos.

Por la mañana, a las cinco, para hacer el menor ruido posible, descendía, con mis zapatos en la mano. Me los calzaba abajo. Una mañana, me crucé en la escalera con el joven lechero. Llevaba sus cajas de leche en la mano; y yo, mis zapatos. Me dio los buenos días con una sonrisa terrible. Marthe estaba perdida. Iría a contarle por todo J... Lo que más me atormentaba era mi propio ridículo. Podía comprar el silencio del joven lechero, pero me abstuve a falta de saber cómo hacerlo.

Por la tarde, no me atreví a decirle nada a Marthe. Por otra parte, ese episodio era fútil en cuanto a la comprometida situación de Marthe. Hacía tiempo que nada podía ya hacerse. Los rumores me la atribuían como amante adelantándose a la realidad. No nos habíamos dado cuenta de nada. Pero pronto lo veríamos claro. Así, un día encontré a Marthe sin fuerzas. El propietario acababa de decirle que desde hacía cuatro días acechaba mis salidas al amanecer. Al principio, no quería creerlo; pero ahora no tenía duda alguna al respecto. El viejo matrimonio cuya pieza estaba bajo el piso de Marthe se quejaba del ruido que hacíamos noche y día. Marthe estaba

aterrada, quería irse. Nos resultaba imposible actuar con un poco más de prudencia a nuestras citas. Nos sentíamos incapaces de ello: estábamos demasiado acostumbrados a lo nuestro. Entonces, Marthe comenzó a comprender algunas cosas que antes le habían sorprendido. La única amiga que verdaderamente estimaba, una joven sueca, no respondía a sus cartas. Supe que la persona que se carteaba con esta joven nos había sorprendido en día en el tren, abrazados, y fue entonces cuando le aconsejó no volver a ver a Marthe.

Hice prometer a Marthe que si estallaba un drama, no importa donde, fuese en casa de sus padres o con su marido, mostraría firmeza. Las amenazas del propietario, algunos rumores, me dieron razones para temer, y al mismo tiempo esperar, una explicación entre Marthe y Jacques.

Marthe me había suplicado ir a verla con frecuencia, durante el permiso de Jacques, a quien ya había hablado de mí. Yo me negué, temiendo jugar mal mi papel y ver a Marthe con un hombre abnegado junto a ella. El permiso sería de once días. Tal vez hiciera alguna trampa, para encontrar el modo de quedarse un par de días más. Hice jurar a Marthe que me escribiría todos los días. Aguardé tres días antes de acudir a la lista de correos, para estar seguro de encontrar una carta. Había ya cuatro. No me las pude llevar: me faltaba uno de los documentos de identidad necesarios. Pero no estaba en absoluto tranquilo porque había falsificado mi certificado de nacimiento, al no estar permitido el uso de la lista de correos a los menores de dieciocho años. Insistí, en la ventanilla, con ganas de arrojar pimienta a los ojos de la encargada de correos, por apoderarse de mis cartas y no querer dármelas. Al final, como en correos me conocían, conseguí, a falta de nada mejor, que me las enviaran a casa de mis padres.

Indudablemente me faltaba todavía un largo camino para llegar a ser un hombre. Al abrir la primera carta de Marthe, me pregunté cómo había conseguido realizar una

proeza tal: escribir una carta de amor. Olvidaba que ningún otro género epistolar es más sencillo: sólo hace falta amar. Hallé las cartas de Marthe admirables, y dignas de las más bellas que nunca había leído. Sin embargo, Marthe me decía cosas bastante vulgares, incluido el suplicio de tener que vivir lejos de mí.

Me extraña que mis celos no fuesen más mordientes. Comencé a considerar a Jacques como «el marido». Poco a poco olvidé su juventud, vi en él a un vejete.

No escribía a Marthe; había implícito en ello demasiados riesgos. En el fondo, casi me hacía feliz no verme obligado a escribirle, sufriendo, como ante toda novedad, el temor vago de no ser capaz, y que mis cartas le chocasen o le pareciesen ingenuas.

Mi negligencia hizo que al cabo de dos días, habiendo dejado a la vista sobre mi mesa de trabajo una carta de Marthe, ésta desapareció de la mesa. El descubrimiento de esa carta alteraba mis planes: me había aprovechado del permiso de Jacques, de mis largas horas de estancia en casa, para hacer creer a mis padres que había roto con Marthe. Ya que si en un principio me había mostrado fanfarrón para que mis padres se dieran cuenta de que tenía una amante, empezaba a desear que las pruebas de ello fueran menos evidentes. Y he aquí que fue a caer a manos de mi padre la verdadera causa de mi cordura.

Me aproveché de estos ratos de ocio para acudir nuevamente a la academia de dibujo, pues hacía ya bastante tiempo que dibujaba mis desnudos basándome en Marthe. No sabía si mi padre lo había adivinado; por lo menos se mostraba maliciosamente sorprendido, y de una manera que me hacía enrojecer, de la monotonía de las modelos. Así que acudí otra vez a la Grande-Chaumière, y trabajaba mucho, a fin de reunir una buena provisión de estudios para el resto del año, provisión que no renovaría hasta la próxima visita del marido.

Volví a ver a René, expulsado del Henri-IV. Iba ahora al Louis-le-Grand. Me reunía con él todas las tardes, después



de la Grande-Chaumière. Solíamos reunirnos a escondidas, ya que desde que fuera expulsado del Henri-IV, y sobre todo después de lo de Marthe, sus padres, que hasta hace poco me consideraban un buen ejemplo, le habían prohibido mi compañía.

René, para quien el amor, el amor en sí, le parecía un bagaje molesto, bromeaba acerca de mi pasión por Marthe. No pudiendo aguantar más sus pullas, le dije cobardemente que en el fondo lo mío no era verdadero amor. Su admiración por mí, que, en los últimos tiempos, se había debilitado, creció en el acto.

Comencé a descuidar mi romance con Marthe. Lo que más me atormentaba, era la abstinencia infligida a mis sentidos. Mi enervamiento era el de un pianista sin piano, o el de un fumador sin cigarrillos.

René, que se mofaba de mis sentimientos, estaba sin embargo preso por una mujer que el creía amar sin amor. Este gracioso animal, una española rubia, se contoneaba tan bien como si acabara de salir de un circo. René, que aparentaba descaro, estaba muy celoso. Me suplicó, riente, pálido, que le hiciera un curioso favor. Ese favor, para quien conoce el ambiente del colegio, era muy típico entre los colegiales. Quería saber si esta mujer sería capaz de engañarle. Había por tanto que dar unos primeros pasos, para saberlo.

Ese favor me resultaba embarazoso. Mi timidez era más fuerte que yo. Pero por nada del mundo hubiera querido parecer tímido y, por lo demás, la propia chica me facilitó las cosas. Se me insinuó tan rápidamente que la timidez, obstáculo para algunas cosas y obligación para otras, me impidió respetar tanto a Marthe como a René. Creía que al menos encontraría en ello placer, pero era como el fumador acostumbrado a una sola marca. No me queda sino el remordimiento de haber engañado a René, a quien juré que su amante había rechazado toda proposición.

Ante Marthe no experimenté ningún remordimiento. Lo

intenté. Insistía en decirme que no la perdonaría nunca si algún día me engañaba, pero no sirvió de nada. «No es lo mismo», me daba a mí mismo como excusa con la remarcable banalidad que el egoísmo aporta en sus respuestas. Del mismo modo me parecía muy bien no escribir a Marthe, pero, si ella no me escribía, entonces veía en ello que no me amaba. De todas maneras, esa ligera infidelidad reforzó mi amor.

Jacques no podía comprender la actitud de su mujer. Marthe, de carácter más bien parlanchín, no le dirigía la palabra. Si el le preguntaba: «¿Qué te ocurre?», ella respondía: «Nada.»

La Sra. Grangier tuvo diferentes escenas con el pobre Jacques. Le acusaba de torpeza para con su hija, se arrepentía de habérsela ofrecido. Atribuía a esa torpeza de Jacques el brusco cambio sobrevenido en el carácter de su hija. Quería que volviera otra vez a casa. Jacques accedió. Algunos días después de su llegada, acompañó a Marthe a casa de su madre, quien, consintiendo a sus menores caprichos, alentaba sin darse cuenta el amor que su hija sentía por mí. Marthe había nacido en esta casa. Cada cosa, decía a Jacques, le recordaba la feliz época en que ella se pertenecía a sí misma. Tenía que dormir en su habitación de cuando era una joven. Jacques quería que al menos se pusiera una cama para él. Lo que provocó una crisis nerviosa. Marthe se negaba a mancillar esa virginal habitación.

El Sr. Grangier encontraba absurdos todos esos pudores. La Sra. Grangier aprovechó para decir a su marido y a su yerno que no entendían nada de la delicadeza femenina. Le encantaba ver lo poco que el alma de su hija pertenecía a Jacques. Porque todo aquello que Marthe denegaba a su marido, la Sra. Grangier se lo atribuía, encontrando sus escrúpulos sublimes. Sublimes lo eran, sí, pero para mí.

Los días en que Marthe decía sentirse muy enferma, exigía salir a la calle. Jacques sabía bien que no era por el placer de acompañarla. Marthe, no podía confiar a nadie las cartas para que me las trajera, así que las llevaba ella misma a correos.

Me felicité en gran manera de mi silencio, porque, si hubiera podido escribirle, en respuesta a las torturas que ella le

infligía, hubiese intervenido en favor de la víctima. En ciertos momentos, me espantaba del daño del que yo mismo era autor; y en otros, me decía que Marthe nunca castigaría lo bastante a Jacques por el crimen de haberme robado su virginidad. Pero como nada nos vuelve más «sentimentales» que la pasión, yo estaba, sobre todo, rabioso de no poder escribir, y así Marthe continuaba desesperando a Jacques.

Se marchó desolado.

Todos juzgaban esta crisis como el resultado de la soledad enervante en la que vivía Marthe, ya que sus padres y su marido eran los únicos en ignorar nuestra relación, y los propietarios no se atrevían a decir nada a Jacques por respeto al uniforme. La Sra. Grangier se felicitaba de haber recobrado a su hija, y que volviera como lo era antes de su matrimonio. De manera que los Grangier no podían creérselo cuando Marthe, al día siguiente de la partida de Jacques, les anunció que regresaba a J...

Fui a verla el mismo día. En primer lugar, la regañé blandamente por haber sido tan malvada. Pero cuando leí la primera carta de Jacques, fui presa del pánico. Decía qué fácil le sería hacer que le mataran, si no conseguía el amor de Marthe.

No discerní el «chantaje». Me vi responsable de una muerte, olvidando que yo mismo la había deseado. Me torné aún más incomprensible y más injusto. De cualquier parte de la que nos tornáramos, se abría una herida. Marthe no se cansaba de repetirme que era menos inhumano no alentar la esperanza de Jacques; era yo quien le obligaba a responder con dulzura. Era yo quien dictaba a su mujer las únicas cartas tiernas que recibió jamás. Ella las escribía llena de cólera, llorando, pero la amenazaba con no volver nunca más, si no obedecía. El que Jacques me debiera esas únicas alegrías atenuaba mis remordimientos.

En la esperanza que desbordaba sus cartas, en respuesta a las nuestras, vi hasta qué punto su deseo de

suicidarse era superficial.

Admiraba mi actitud, cara a cara con el pobre Jacques, aunque actuaba por egoísmo y por temor a tener un crimen sobre mi conciencia.

Un período de felicidad sucedió al drama. Por desgracia, subsistía un sentimiento de provisionalidad. Era natural de mi edad y de mi naturaleza apática. No tenía voluntad para nada, ni para huir de Marthe que tal vez llegaría a olvidarme, y retornar a sus deberes, ni para impulsar a Jacques a morir. Nuestra unión estaba en manos de la pacificación, del retorno definitivo de las tropas. Si abandonaba a su mujer, ella quedaría conmigo. Si se la quedaba consigo, no me sentía capaz de arrebatársela a la fuerza. Nuestra felicidad era un castillo de arena. Pero aquí la marea no llegaba a una hora fija, así que aguardaba a que lo hiciese lo más tarde posible.

Ahora, era Jacques, encantado, quien defendía a Marthe contra su madre, disgustada del retorno a J... Ese retorno, favorecido por la acritud, había despertado en la Sra. Grangier algunas sospechas. Otra cosa le parecía también sospechosa: Marthe rehusaba a tener servicio doméstico, para gran escándalo de su familia y, aún más, de su familia política. ¿Pero y qué podían padres y suegros contra un Jacques vuelto a nuestro favor, gracias a las razones que yo le había dado por mediación de Marthe?

Es entonces cuando J... abrió fuego contra ella.

Los propietarios se preciaban de no hablarse con ella. Nadie le saludaba. Sólo los proveedores estaban profesionalmente obligados a mostrar menos altivez. De manera que, Marthe, sintiendo algunas veces la necesidad de intercambiar unas palabras, pasaba el tiempo en las tiendas. Mientras estaba en su casa, si se ausentaba para ir a comprar leche y pasteles, y si al cabo de cinco minutos no había vuelto, imaginándola bajo un tranvía, corría a toda velocidad hasta la lechería o la pastelería. La encontraba hablando con ellos.

Rabioso por haberme dejado llevar de mis angustias nerviosas, tan pronto como salíamos estallaba con furia. Le acusaba de tener gustos vulgares, de encontrar atractiva la conversación con los tenderos. Aquellos a quienes interrumpía la charla, me detestaban.

La etiqueta de la corte es bastante simple, como todo aquello que atañe a la nobleza. Pero nada iguala en enigmas el protocolo de la gente humilde. Su locura acerca de las procedencias se fundamenta, en primer lugar, en la edad. Nada les chocaría más que la reverencia de una vieja duquesa a un joven príncipe. Se podía adivinar el odio del pastelero, del lechero, al ver que un muchacho interrumpía sus familiares relaciones con Marthe. A causa de estas conversaciones, habían excusado a Marthe de mil maneras.

Los propietarios tenían un hijo de veintidós años. Vino de permiso. Marthe le invitó a tomar un té.

Por la noche, escuchamos gritos: se le prohibió volver a ver a la inquilina. Acostumbrado a que mi padre no pusiera nunca veto alguno a mis actos, nada me sorprendió más que la obediencia de ese papanatas.

Al día siguiente, cuando atravesamos el jardín, estaba labrando la tierra. Sin duda se trataba de un castigo. Un poco molesto, a pesar de todo, volvió la cabeza para no tener que dar los buenos días.

Esas escaramuzas apenaban a Marthe; suficientemente inteligente y amorosa como para darse cuenta que la felicidad no reside en la consideración de los vecinos, ella era como uno de esos poetas que saben que la verdadera poesía es una cosa «maldita», pero que, a pesar de su certeza, sufren a veces al no poder obtener los sufragios que al mismo tiempo desprecian.

Los concejales municipales tienen un papel en todas mis aventuras. El Sr. Marin, anciano de barba gris y gran estatura, que vivía debajo del piso de Marthe, era un antiguo concejal de J... Jubilado antes de la guerra, amaba servir a la patria, siempre que la ocasión llamara a su puerta. Contento con desaprobador la política municipal, vivía con su mujer, no recibiendo ni devolviendo visita alguna excepto en las fechas cercanas al año nuevo.

Al cabo de unos días, un barullo nos llegó del piso de abajo, que podíamos escuchar aún con más nitidez desde nuestra habitación, porque estaba situada justo encima de la planta baja. Vinieron enceradores. La criada, ayudada por la del propietario, sacaba brillo a la plata; quitaba el cardenillo de los colgantes de cobre. Supimos por medio de la lechera que una fiesta-sorpresa se preparaba en casa de los Marin, bajo un misterioso pretexto. La Sra. Marin iba a invitar al alcalde y le había suplicado que le diera ocho litros de leche. ¿La autorizaría también a que hiciera un poco de nata?

Concedidos los permisos, el día llegó (un viernes), una quincena de notables aparecieron a la hora dicha con sus mujeres, cada una fundadora de una sociedad de lactancia maternal o de ayuda a los heridos, de la cual ella era presidenta, y las demás socias. La señora de la casa para darse «tono» les recibía en la puerta. Había aprovechado su atracción misteriosa para convertir su fiesta en una comida campestre. Todas estas señoras predicaban el ahorro e inventaban recetas culinarias. Así, sus dulces consistían en pasteles sin harina, natillas con liquen, etc. Cada recién llegada decía a la Sra. Marin: «¡Oh! no se puede comparar con el mío, pero a pesar de todo creo que estará bueno.»

El Sr. Marin aprovechaba la ocasión para preparar su



«reentrada en la política».

Ahora bien, la sorpresa, éramos Marthe y yo. La caritativa indiscreción de uno de mis camaradas del ferrocarril, hijo de uno de los notables, me lo hizo saber. Imagínense mi estupor cuando supe que la distracción de los Marin consistía en colocarse bajo nuestra habitación hacia la tarde y escuchar nuestros juegos amorosos.

Sin duda aquello les hubiera dado gusto, y desearían dar noticia pública de sus placeres. Bien entendido, los Marin, personas respetables, actuaban de ese modo desvergonzado en nombre de la moral. Querían hacer pública su revuelta por todos lados, para que en el municipio supieran que ellos eran gente de bien.

Los invitados estaban en su lugar. La Sra. Marin sabía que estaba en casa de Marthe, y había puesto la mesa debajo de su habitación. Se pavoneaba. Sólo le faltaba el bastón de regidor para anunciar el espectáculo. Gracias a la indiscreción del joven compañero, que hizo su traición para mortificar a su familia y por solidaridad hacia los de nuestra edad, guardamos silencio. No me había atrevido a contarle a Marthe el verdadero motivo del pic-nic. Podía imaginarme el rostro descompuesto de la Sra. Marin, los ojos sobre las agujas del reloj, y la impaciencia de sus invitados. Por fin, hacia las siete, las parejas se retiraron con las manos vacías, tratando por lo bajo a los Marin de impostores y al pobre Sr. Marin, de setenta años de edad, de arribista. Ese futuro concejal que prometía el oro y el moro, no esperaba ya ser elegido por haber faltado a sus promesas. Por lo que respecta a la Sra. Marin, las demás señoras vieron en la fiesta una buena excusa para hacerse con una buena provisión de postres. El alcalde, en persona, había hecho su aparición durante algunos minutos; esos pocos minutos y los ocho litros de leche provocaron un cuchicheo en el que se le implicaba con la hija de los Marin, maestra en la escuela. La boda de la Srta. Marin había supuesto también un escándalo, ya que al parecer hallaban poco digno que una

maestra se hubiera casado con un policía municipal.

Llevé mi malicia hasta el punto de hacerle oír lo que ellos hubieran deseado hacer oír a los demás. A Marthe le extrañó mi tardío deseo. Sin poder aguantarme más, y aún a riesgo de entristecer a Marthe, le conté cuál era la sorpresa de la fiesta. Reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas.

La Sra. Marin tal vez hubiera podido ser indulgente si hubiésemos servido a sus planes, pero no nos perdonó su desastre. Nos tomó un odio feroz. Pero no podía saciarlo, al no disponer de medios para ello, y no se atrevía tampoco a enviar cartas anónimas.

Estábamos en el mes de mayo. Acudía con menos frecuencia a casa de Marthe y no me quedaba a dormir a no ser que pudiera inventar una mentira que me permitiera quedarme hasta la mañana siguiente. La inventaba una o dos veces a la semana. El continuo éxito de mis mentiras me sorprendía. En realidad, mi padre no me creía. Con loca indulgencia se limitaba a cerrar los ojos, con la única condición de que ni mis hermanos, ni el servicio doméstico, se dieran cuenta de nada. Me era suficiente con decirle que marcharía a las cinco de la mañana, como el día de mi excursión por el bosque de Sénart. Pero mi madre no me preparaba ya la cesta.

Mi padre al principio soportaba todo. Luego, cada vez más a menudo, empezó a mostrarse irritado; me reprochaba mi pereza. Estas escenas se desencadenaban y se calmaban con rapidez, como las olas.

Nada absorbe más que el amor. No se es perezoso, porque, al estar enamorado, la pereza es parte del juego. El amor siente de un modo confuso que su único derivado real es el trabajo. Incluso lo considera un rival. Y no lo soporta. Pero el amor es una pereza beneficiosa, como la suave lluvia que fecunda la tierra.

Cuando la juventud es simplona, es por la falta de haber sido perezosa. Lo que quita valor a nuestros sistemas de educación, es que van dirigidos a los mediocres, a causa de su número. Para un espíritu en marcha, la pereza no existe. Nunca aprendía más cosas como en esos largos paseos, a los que un testigo, los hubiera juzgado vacíos, pero en los que yo podía observar mi corazón bisoño como un nuevo rico observa sus gestos en la mesa.

Cuando no me quedaba a dormir en casa de Marthe, es decir, casi todos los días, nos íbamos a pasear luego de

almorzar, a lo largo del Marne, justo hasta las once. Quitaba las amarras de la barca de mi padre. Marthe remaba; yo, tumbado a lo largo, apoyaba mi cabeza sobre sus rodillas. La molestaba. Un súbito golpe de remo me sacudía y entonces me daba cuenta de que ese paseo no iba a durar toda la vida.

El amor quiere hacer compartir su beatitud. Así, una amante de naturaleza fría se torna cariñosa, nos abraza por el cuello, inventa mil carantoñas, si estamos a punto de escribir una carta. Nunca me apetecía tanto abrazar a Marthe como cuando un trabajo la distraía de mí; ni tantas ganas de tocar su pelo, de despeinarla, como cuando se peinaba. En la barca me precipitaba sobre ella, la cubría de besos, hasta que dejaba los remos, y la barca iba a la deriva, prisionera de hierbas, de nenúfares blancos y amarillos. Marthe veía en ello los signos de una pasión incapaz de contenerse, mientras que lo que de veras me impulsaba era el ánimo de molestarla, irrefrenable. Luego amarrábamos la barca tras los altos matorrales. El temor de que nos vieran o de zozobrar, hacía que nuestros arrebatos fueran mil veces más voluptuosos.

Por eso, ya no me quejaba de la hostilidad de los propietarios que dificultaban mi presencia en casa de Marthe.

Mi supuesta idea fija de poseerla como no lo había podido hacer Jacques, de abrazarle un rincón de su piel luego de haberle hecho jurar que ningunos otros labios excepto los míos se habían posado allí, no era sino libertinaje. ¿Pero acaso lo reconocía? Todo amor conlleva su juventud, su edad madura, su vejez. ¿Estaba yo en ese estado en el que el amor ya no me satisfacía si no era a condición de determinadas búsquedas? Porque si mi voluptuosidad estaba basada en la costumbre, se avivaba con esas mil naderías, con esas ligeras correcciones infligidas a la costumbre. De manera que no se trata, en primer lugar, de aumentar las dosis, que pronto pasarán a ser mortales, objeto del éxtasis del toxicómano, sino del ritmo que él se inventa, sea en el cambio de horarios, sea en el uso de supercherías, con ánimo de confundir al organismo.

Me gustaba tanto la orilla izquierda del Marne, que frecuentaba la otra, tan diferente, a fin de poder contemplar aquella que tanto me gustaba. La orilla derecha es menos tranquila, consagrada a los hortelanos, a los labradores, mientras que la mía lo está a los ociosos. Atábamos la barca a un árbol, íbamos a tendernos en mitad del trigo. Los campos, bajo la brisa de la tarde, se estremecían. Nuestro egoísmo, escondidas, olvidaba los prejuicios, sacrificando el trigo a la comodidad de nuestro amor, así como nosotros nos sacrificábamos a Jacques.

Un perfume precedero excitaba mis sentidos. Tras haber experimentado alegrías más brutales, más parecidas a las que se experimentan sin amor con la primera que llega, las otras resultaban insípidas.

Apreciaba ya el sueño casto, libre, el bienestar de sentirse solo en una cama con sábanas limpias. Alegaba razones de prudencia para no pasar las noches en casa de Marthe. Ella admiraba la fortaleza de mi carácter. Temía también la irritación que provoca esa suerte de voz angelical de las mujeres al despertarse y que, comediantes de raza, parecen cada mañana surgir del más allá.

Me reprochaba mis críticas, mis fingimientos, pasando días enteros preguntándome si quería a Marthe más o menos que antes. Mi amor lo sofisticaba todo. Del mismo modo que traducía de modo erróneo las frases de Marthe, creyendo darles un sentido más profundo, interpretaba sus silencios. Cuando nos equivocamos, un cierto sobresalto, que no se puede describir, nos previene de que hemos sido tocados. Mis goces, mis angustias eran más fuertes. Acostado al lado de ella, las ganas que me venían, de un segundo al otro, de estar acostado solo, en casa de mis padres, me hacían augurar lo insoportable de una vida en común. Por otra parte, no podía imaginarme la vida sin Marthe. Empezaba a conocer el castigo del adulterio.

Estaba resentido con Marthe por que había consentido, antes de nuestro amor, que arreglara la habitación de Jacques a mi gusto. Esos muebles los hallaba odiosos, pues no los había elegido para mi placer, sino con el fin de disgustar a Jacques. Me fatigaban, sin más. Me arrepentía de no haber dejado a Marthe elegirlos sola. Seguro que al principio me hubieran parecido gran cosa, pero qué agradable habría sido haberme habituado a ellos sólo por el amor que sentía hacia Marthe.

Estaba celoso de que el beneficio de ese hábito fuera a redundar en favor de Jacques.

Marthe me miraba con sus grandes ojos ingenuos cuando con amargura le dije: «Espero que, cuando vivamos juntos, no conservaremos estos muebles». Marthe respetaba todo lo que yo decía. Creía que había olvidado que esos muebles eran elección mía, pero no se atrevía a recordármelo. Ella en su fuero interno se lamentaba de mi mala memoria.

A primeros de junio, Marthe recibió una carta de Jacques en la que no le hablaba más que de su amor. Estaba enfermo. Le habían llevado al hospital de Bourges. No me alegró saber que estaba enfermo, pero que tuviera alguna cosa que decir me aliviaba. Tenía que pasar por J... al día siguiente o a los dos días, y suplicaba a Marthe que fuera a esperar su tren a la estación. Marthe me enseñó esta carta. Aguardaba un orden.

El amor le daba una naturaleza de esclava. Así, ante el preámbulo de una tal servidumbre, malamente podía yo ordenar o prohibir nada. Según mi opinión, mi silencio quería decir que consentía. ¿podía yo acaso impedirle que viera a su marido durante algunos segundos? Marthe guardaba el mismo silencio. Luego, por una especie de tácito acuerdo, no fui al día siguiente a su casa.

A los dos días, por la mañana, un mensajero trajo a casa de mis padres un recado que sólo debía entregarme a mí. Era de Marthe. Me aguardaba junto al río. Me suplicaba que fuera, si todavía sentía amor por ella.

Corrí hasta el banco en el que Marthe me aguardaba. Su saludo, tenía tan poco que ver con el de su mensaje, que me dejó helado. Creí que sus sentimientos habían cambiado.

Simplemente, Marthe había interpretado mi silencio de la antevíspera como un silencio hostil. No había imaginado el más mínimo tácito acuerdo. A las horas de angustia se sucedieron las quejas al constatar que estaba vivo, ya que sólo la muerte tenía que haberme impedido reunirme ayer con ella. Apenas podía ocultar mi estupor. Le expliqué mis reservas, mi respeto hacia sus deberes con un Jacques enfermo. Ella me creyó a medias. Yo estaba irritado. Casi le dije: «Para una vez que no miento...» Lloramos.



Pero esas confusas partidas de ajedrez son interminables, agotadoras, si uno de los dos jugadores no pone las cosas en orden. En suma, la actitud de Marthe hacia Jacques no era en absoluto halagüeña. La abracé, la mecí. «El silencio», le dije, «no se nos da bien.» Nos prometimos no volver a ocultarnos nuestros pensamientos secretos, yo compadeciéndola un poco al creer que tal vez fuera posible.

En J..., Jacques había buscado con la mirada a Marthe, y cuando después el tren pasó delante de su casa, vio los postigos cerrados. En su carta le suplicaba que le tranquilizara. Le pedía que fuera a Bourges. «Tienes que ir», le dije, de manera que esa frase tan simple no la tomase como un reproche.

—Iré —me respondió—, si tú me acompañas.

Esto era llevar demasiado lejos nuestra inconsciencia. Pero aquello que de amor había en esas palabras, en sus actos —incluidos los más chocantes—, me llevaban rápidamente de la cólera a la gratitud. Me enfadaba. Me calmaba. Le hablaba con dulzura, conmovido por su inocencia. Le trataba como a un niño que pide la luna.

Yo le daba a entender hasta qué punto era inmoral que se hiciera acompañar por mí. Que mi respuesta no fuese tempestuosa, como correspondía a un amante ultrajado, la enardeció todavía más. Por primera vez, me escuchaba pronunciar la palabra «moral». Esta palabra resultó muy oportuna, porque, aunque libre de mala intención, también Marthe debía de padecer crisis de incertidumbre, al igual que yo, debido a la moralidad o no de nuestro amor. Sin esa palabra, tal vez Marthe me hubiera considerado amoral, siendo burguesa como lo era, y a pesar de su rebelión contra las excelencias de los prejuicios burgueses. Pero también al contrario, porque, por primera vez, la había puesto en guardia, lo cual era una prueba de que justo hasta entonces yo siempre había considerado que nada de malo estábamos haciendo.

Marthe lamentaba esta especie de nupcias escabrosas.

Por fin comprendía lo que de imposible había en ellas.

—Al menos —dijo—, déjame que no vaya.

Esa palabra, «moral», pronunciada a la ligera me venía a erigir en su director espiritual. Me valía de ella como esos déspotas ebrios de su recién estrenado poder. El poder no luce a menos que se haga uso de él injustamente. De manera que yo ya le había hecho saber que nada malo veía en que no acudiera a Bourges. Incluso le había buscado algunas excusas para persuadirla: la fatiga del viaje, la rápida convalecencia de Jacques. Esas razones la disculpaban, si no a los ojos de Jacques, sí al menos de cara a su familia política.

A fuerza de orientar a Marthe en el sentido que me convenía, la iba labrando poco a poco a mi imagen y semejanza. De eso mismo me acusaba, de destruir a sabiendas nuestra felicidad. Que ella se me pareciese, y que fuera obra mía, me llenaba de júbilo y al mismo tiempo me contrariaba. Veía en ello la razón de nuestra armonía. Pero discernía también la causa de futuros desastres. En efecto, yo le había comunicado poco a poco mi incertidumbre, por lo que el día de las decisiones se vería impelida a no tomar ninguna decisión. La notaba abandonada a sí misma, aguardando que la mar perdonase su castillo de arena, mientras que los otros niños se apresuraban a levantar los suyos más lejos.

Llegamos al punto en que esta semejanza moral desbordó a la física. La mirada, el modo de andar: a veces, personas extrañas nos confunden con sus hermanos y hermanas. Es porque existen en nosotros gérmenes de semejanza que desarrollan nuestro amor. Un gesto, la inflexión de la voz, tarde o temprano, traicionan a los amantes más prudentes.

Es preciso admitir que si el corazón tiene sus razones que la razón desconoce, es porque ello es menos razonable que nuestro corazón. Sin lugar a dudas, todos tenemos algo del Narciso, que ama y detesta al mismo tiempo su imagen, pero a pesar de todo, indiferente a cualquier otra imagen. Es ese

instinto de semejanza el que nos conduce por la vida, gritándonos «¡alto!» ante un paisaje, una mujer, un poema. Podemos admirar otros, pero sin que nos choque de esa manera. El instinto de semejanza es la única línea de conducta que no es artificial. Pero en la sociedad, sólo los espíritus groseros parecen no pecar en absoluto contra la moral, ya que persiguen siempre el mismo modelo. Así algunos hombres se envician con las «rubias», ignorando que con frecuencia las semejanzas más profundas son las más secretas.

Marthe al cabo de algunos días parecía distraída, sin tristeza. Distraída, con tristeza, hubiera podido explicarme su preocupación por la proximidad del quince de julio, fecha en la que debía reunirse con la familia de Jacques y con éste, aún convaleciente, en una playa de la Manche. A su vuelta, Marthe callaba, sobresaltándose al escuchar mi voz. Marthe sufría lo insufrible: visitas de familia, afrentas, frases sobreentendidas y agrias de su madre, observaciones de su padre, que le suponía un amante, sin llegar a creerlo.

¿Por qué soportaba todo eso? ¿Era acaso consecuencia de mis lecciones, reprochándole dar demasiada importancia a las cosas, de dejarse afectar por pequeñeces? Parecía feliz, pero con una felicidad singular, porque la hacía sentirse incómoda, y me desagradaba, ya que no la compartía. Yo que encontraba infantil que Marthe encontrara en mi mutismo una prueba de indiferencia, por mi parte, la acusaba de no quererme ya, porque ella callaba.

Marthe no se atrevía a decirme que estaba encinta.

Hubiera querido aparentar ser feliz ante esa noticia. Pero en primer lugar me dejó estupefacto. Nunca había pensado que podía llegar el día en que fuera responsable de mis actos, y ahora lo era de lo peor. Encontraba asimismo enojoso el hecho de que no fuera lo suficientemente hombre para encontrar la cosa bien sencilla. Marthe no lo mencionó sino obligada a ello. Temblaba al pensar que ese instante que debía acercarnos tal vez nos separase. La mimé con tal alegría que conseguí disipar sus temores. Marthe guardaba los trazos profundos de la moral burguesa, y su hijo venía a significar para ella que Dios recompensaría nuestro amor, y que no tenía por tanto crimen alguno que castigar.

Mientras que Marthe encontraba ahora en su embarazo una razón para que no me separara nunca de ella, ese embarazo me consternaba. A nuestra edad, me parecía imposible, injusto, que fuésemos a tener un niño que obstaculizaría nuestra juventud. Por primera vez, me sometía a determinados temores de orden material: seríamos abandonados por nuestras familias.

En nombre del amor que había tomado ya a la criatura, era precisamente por amor que la rechazaba. No quería ser responsable de su dramática existencia. Yo mismo hubiera sido incapaz de vivir.

El instinto era nuestro guía; un guía que nos conducía a nuestra perdición. Ayer, Marthe dudaba de si su embarazo no nos alejaría el uno del otro. Hoy, que nunca me había querido tanto, creía que mi amor iba a más tal y como a ella le sucedía. Por mi parte, si bien ayer rechazaba a ese niño, comenzaba hoy a quererlo y suprimía mi amor por Marthe, del mismo modo que al comienzo de nuestra relación mi corazón le daba aquello que suprimía a los demás.

Ahora, con mi boca sobre el vientre de Marthe, no era

sólo a ella a quien abrazaba, sino también a mi hijo. ¡Ay! Marthe ya no era mi amante, era una madre.

Ya no volví a comportarme nunca como si estuviéramos solos. Siempre había cerca de nosotros un testigo, a quien debíamos dar cuenta de nuestros actos. Yo perdonaba a duras penas este súbito cambio y sin embargo sentía que aún la hubiera perdonado menos si me hubiera mentido. Había instantes en que creía que Marthe mentía para hacer durar un poco más nuestro amor, pero que su hijo no era mío.

Como un enfermo que busca paliar su dolor, no sabía de qué lado volverme. Sentía que no amaba ya mi Marthe de antes y que mi hijo no sería feliz a no ser que se creyera hijo de Jacques. Ciertamente, ese subterfugio me consternaba. Sería necesario renunciar a Marthe. Por otra parte, por más que me creyera un hombre, el hecho actual era demasiado grave para pavonearse hasta el punto de creer posible una existencia tan demencial (o como pensaba: tan sabia).

Por fin, Jacques iba a volver. Luego de ese período extraordinario hallaría, al igual que tantos otros soldados engañados a causa de circunstancias excepcionales, una esposa triste, dócil, en la que nada dejaría entrever una mala conducta. Pero ese niño no tendría explicación para su marido a no ser que sufriera su contacto en las vacaciones. Mi cobardía se lo suplicó.

De todas nuestras escenas, ésta no fue ni la menos extraña ni la menos penosa. Por lo demás, me extrañaba de hallar tan poca resistencia. Más tarde sabría porqué. Marthe no se atrevía a ocultarme una victoria de Jacques en su último permiso y contaba, fingiendo obedecerme, rehusar a contrariarme, en Granville, bajo pretexto de malestares debido a su estado. Todo este tinglado se complicaba con fechas cuya falsa coincidencia, en el momento del parto, no dejaría dudas a nadie. «¡Bah!», me decía, «tenemos mucho tiempo por delante. Los padres de Marthe temerán el escándalo. La llevarán al campo y retrasarán la noticia.»

La fecha de la partida de Marthe se aproximaba. Yo no podía sino beneficiarme de esta ausencia. Sería una prueba. Esperaba curarme de Marthe. Si no lo conseguía, si mi amor estaba demasiado verde para desligarse de sí mismo, sabía que encontraría a Marthe igual de fiel.

Se marchó el 12 de julio, a las siete de la mañana. Yo me quedé en J... la noche de la víspera. Cuando fui allí, me prometí no pegar ojo aquella noche. Haría una tal provisión de caricias de Marthe, que no tendría más necesidad de Marthe para el resto de mis días.

Un cuarto de hora más tarde estaba acostado, y me quedé dormido.

En general, la presencia de Marthe turbaba mi sueño. Por primera vez, junto a ella, dormí tan bien como si hubiera estado solo.

Al despertar, ella estaba ya en pie. No se había atrevido a despertarme. Sólo me quedaba media hora antes de la salida del tren. Me daba rabia haber dejado perder por culpa del sueño las últimas horas que íbamos a pasar juntos. Marthe lloró antes de partir. Sin embargo, hubiera querido haber empleado mi tiempo en otra cosa en vez de bebernos mutuamente nuestras lágrimas.

Marthe me dejaba su llave, y me pedía que viniera, que pensara en nosotros, y de escribirle desde su escritorio.

Me había jurado que no la acompañaría sino más allá de París. Pero no podía vencer el deseo de sus labios y, como deseaba cobardemente amarla menos, justificaba este deseo bajo la excusa de la partida, de esa «última vez» tan falsa, puesto que me daba perfectamente cuenta de que no habría última vez si ella no lo deseaba.

En la estación de Montparnasse, en donde debía reunirse con sus padres políticos, la abracé y besé sin reserva.

Todavía buscaba una excusa en el hecho de que, en caso de que los suegros nos descubrieran, se produciría así un drama decisivo.

De vuelta a F..., acostumbrado a vivir aguardando el momento de ir a casa de Marthe, traté de distraerme en algo. Labré el jardín, intenté leer, jugué al escondite con mis hermanas, cosa que no había hecho desde que tenía cinco años. Hacia la noche, para no levantar sospechas, tenía que salir a pasear. Por costumbre, recorría con ligereza el camino que iba hasta el Marne. Pero aquella noche, me costaba andar, me torcía el pie en las piedras y los latidos de mi corazón se aceleraban. Tendido en la barca, deseaba morir, por primera vez. Pero incapaz tanto de morir como de vivir, rumiaba la posibilidad de un asesinato caritativo. Lamentaba no poder



morir de aburrimiento, ni de pena. Poco a poco mi cabeza se vaciaba, con un ruido de bañera. Una última succión, más duradera, y mi cabeza se halló vacía del todo. Me quedé dormido.

Me despertó el frío de un amanecer de julio. Regresé, aterido, a casa. La casa estaba abierta de par en par. En la antesala mi padre me recibió con dureza. Mi madre se había puesto un poco enferma: enviaron a la criada a que me despertara para que fuese en busca del médico. Mi ausencia era pues oficial.

Soporté la escena admirando la delicadeza instintiva del buen juez que, entre miles de acciones de aspecto censurable, escogió la única que resultaba inocente para así permitir al criminal justificarse. De todas maneras, ni me molesté en justificarme, era demasiado difícil. Dejé creer a mi padre que venía de J... y cuando me prohibió salir por la noche, le di las gracias por ser todavía mi cómplice y por proporcionarme una excusa para no volver a arrastrarme solo ahí fuera.

Aguardaba al cartero. Esa era mi vida. Era incapaz de realizar el menor esfuerzo para olvidar.

Marthe me había dado un corta-papeles, exigiendo que no lo utilizara excepto para abrir sus cartas. ¿Sería capaz de usarlo? Tenía demasiada prisa. Rasgaba los sobres. Cada vez, avergonzado, me prometía guardar la carta durante un cuarto de hora, intacta. Esperaba, con este método, poder a la larga aprender a controlarme, y guardar las cartas cerradas en mi bolsillo. Aplazaba siempre este plan para el día siguiente.

Un día exasperado por mi debilidad, y en un arrebato de rabia, rompí una carta sin leerla. En cuanto los trozos de papel hubieron dejado cubierto el jardín, corrí a recogerlos, a cuatro patas. En la carta había una fotografía de Marthe. Yo, que era dado a las supersticiones y en seguida interpretaba los hechos más irrelevantes con un sentido trágico, había rasgado ese rostro. Vi en ello un aviso del cielo. Mi ansiedad no se apaciguó hasta luego de pasadas cuatro horas recomponiendo

la carta y el retrato. Nunca había realizado un esfuerzo tal. El temor de que podía ocurrirle a Marthe alguna desgracia me mantuvo en pie durante este trabajo absurdo que me trastornó la vista y los nervios.

Un especialista había recomendado a Marthe tomar baños de mar. Aun a riesgo de ser malvado, se los prohibí, ya que no quería que ninguna otra persona pudiera ver su cuerpo.

Por lo demás, puesto que de todas maneras Marthe tenía que pasar un mes en Granville, me felicitaba por la presencia de Jacques. Recordaba su fotografía en blanco y negro, la que Marthe me había enseñado el día de los muebles. Nada me daba más miedo que los chicos jóvenes de la playa. Para empezar, creía que eran más hermosos, más fuertes, más elegantes que yo.

Su marido la protegería de ellos.

Al cabo de algunos minutos de ternura, como un borracho que abraza a todo el mundo, soñaba despierto con escribir a Jacques, y confesarle que yo era el amante de Marthe, y, con la autoridad que ese título me daba, recomendársela. Algunas veces, envidiaba a Marthe, adorada por Jacques y por mí. ¿Debíamos acaso buscar juntos la felicidad de ella? En tales crisis me sentía un amante muy complaciente. Hubiera querido conocer a Jacques, explicarle las cosas, y porqué no teníamos que estar celosos el uno del otro. Luego el odio volvía otra vez a enderezar aquella dulce inclinación.

En cada carta, Marthe me pedía que fuera a su casa. Su insistencia me recordaba a una tía mía muy devota de mí, que me reprochaba no ir nunca a visitar la tumba de mi abuela. No tenía el instinto del peregrinaje. Esos fastidiosos deberes circunscribían la muerte, el amor.

¿Es que no se puede pensar en la muerte, o en la amante ausente, si no es en un cementerio, o en una habitación determinada? No intenté explicárselo a Marthe y le respondía que sí iba a su casa; eso es lo que respondía a mi tía, y luego me iba al cine. Sin embargo, al final habría de ir a casa de Marthe; pero debido a unas singulares circunstancias.

Un día me topé en el tren con esa chica sueca a quien sus corresponsales habían prohibido verse con Marthe. Mi aislamiento hizo que tomara gusto a las chiquilladas de aquella chiquilla. Le propuse venir a merendar a J..., a escondidas, al día siguiente. Le oculté la ausencia de Marthe, para que no se espantara, y añadí así mismo cuánto se alegraría de verla. Juro que en ese momento no sabía lo que iba a hacer. Actuaba como esos niños que, al entablar conocimiento, tratan de sorprenderse el uno al otro. Me moría de ganas por ver la sorpresa o la cólera en el rostro angelical de Svéa, cuando le diera noticia de la ausencia de Marthe.

Sí, era sin duda ese placer pueril de sorprender, porque además no acertaba a contarle nada sorprendente, mientras que ella se beneficiaba de una suerte de exotismo y me sorprendía a casa frase. Nada más delicioso que esa súbita intimidad entre personas que se comprenden mal. Llevaba al cuello una pequeña cruz de oro, esmaltada en azul, la cual pendía sobre un vestido bastante feo que reinventé a mi gusto. Una verdadera muñeca viviente. Sentí crecer mi deseo de reanudar aquella conversación en otro lugar que no fuera un vagón.

Lo que echaba a perder un poco su aire de monja, era su aspecto de alumna del colegio Pigier, a donde acudía una hora al día, sin gran provecho, para estudiar francés y mecanografía. Me enseñó sus deberes dactilográficos. Cada letra era una falta, corregida al margen por el profesor. Sacó de un bolso horroroso, evidentemente obra suya, una pitillera adornada de una corona condal. Me ofreció un cigarro. Ella no fumaba, pero siempre llevaba esa pitillera, porque sus amigos sí fumaban. Me hablaba de costumbres suecas que yo fingía conocer: la noche de San Juan, mermelada de arándanos. Luego, sacó de su bolso una fotografía de su hermana gemela, enviada desde Suecia la víspera: a caballo, desnuda, llevando sobre la cabeza una chistera de su abuelo. Me puse rojo. Su hermana se le parecía tanto que pensé si no se estaría riendo de mí, al mostrarme su propia imagen. Me mordía los labios, para calmar las ganas que tenía de abrazar a aquella pícara ingenua. Debí de poner una expresión bestial, porque la vi temerosa, buscando con los ojos la señal de alarma.

Al día siguiente llegó a casa de Marthe a las cuatro. Le dije que Marthe estaba en París pero que regresaría enseguida. Añadí: me ha prohibido dejarla partir antes de su vuelta. Contaba con no confesarle mi estratagema hasta que no fuera demasiado tarde.

Por suerte, era golosa. En cuanto a mi glotonería, era del todo inusual. No tenía ganas de comer ni tarta ni helado de frambuesa, pero deseaba ser la tarta y el helado que ella aproximaba a su boca. Hacía con mi boca gestos involuntarios.

No fue por vicio que invité a Svéa, sino por glotonería. A falta de sus labios, hubiera tenido suficiente con sus mejillas.

Cuando hablaba pronunciaba cada sílaba para que entendiera bien. Excitado por esa divertida comidita, me irritaba, yo que siempre era tan callado, por no poder hablar más rápido. Experimentaba una necesidad de charla, de confidencias pueriles. Aproximé mi oreja a su boca. Bebí sus

pequeñas palabras.

La coaccioné a tomar un licor. Después, me apiadé de ella como de un pájaro embriagado.

Esperaba que su embriaguez serviría a mis deseos, porque poco me importaba que me diera sus labios de buen grado o no. Pensé en lo inconveniente de esta escena precisamente en casa de Marthe, pero, me decía una y otra vez, «en suma, no le quito nada a nuestro amor». Deseaba a Svéa como un fruto, de manera que una amante no podría estar celosa de nada.

Tomé su mano entre las mías, que me parecieron las de un patán. Hubiera querido desvestirla, arrullarla. Se tendió en el diván. Yo me levanté, me incliné sobre el lugar en el que sus cabellos comenzaban, todavía vello. De su silencio no podía sacar la conclusión de que mis besos le gustaran; pero, incapaz de indignarse, no encontraba un modo educado de rechazarme en francés. Mordisqueaba sus mejillas, esperando que un jugo azucarado brotara, como el de los melocotones.

Por fin, besé su boca. Ella sufría mis caricias, paciente víctima, cerrando la boca y los ojos. Su único gesto de rechazo consistía en menear débilmente la cabeza de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha. No me equivocaba, pero mi boca encontraba la ilusión de una respuesta. Me quedé junto a ella de un modo que nunca me había quedado junto a Marthe. Aquella resistencia que en realidad no lo era halagaba mi audacia y mi pereza. Era todavía muy ingenuo; creía que todo iría bien y que podría beneficiarme de una violación sencilla.

Nunca había desvestido a mujeres; más bien había sido yo desvestido por ellas. Y así comencé a hacerlo de un modo torpe, quitándole los zapatos y las medias. Besé sus pies y sus piernas. Pero cuando quise desabrochar su blusa, Svéa se debatió como un pequeño diablo que no quiere acostarse y a quien hay que desnudar a la fuerza. Me daba patadas. Yo atrapaba sus pies al vuelo, los emprisionaba, los besaba. Al final la saciedad llegó, igual que la glotonería cesa luego de los

dulces y de los pasteles. Tuve que confesarle mi mentira y que Marthe estaba de viaje. Le hice prometer que, si un día se encontraba con Marthe, no le contaría nunca nuestra entrevista. No le confesé que era su amante, pero se lo di a entender. El placer del misterio le hizo responder «hasta mañana» cuando, saciado de ella, le pregunté por educación si volveríamos a vernos algún día.

No volví más a casa de Marthe. Y tal vez Svéa no viniera tampoco a llamar a la puerta cerrada. Veía qué censurable era desde el punto de vista de lo moral mi conducta. Ya que sin duda fueron las circunstancias las que me habían hecho creer que Svéa fuese un ser tan precioso. ¿La hubiera deseado fuera de la habitación de Marthe?

Pero no tenía remordimientos. Y no era pensando en Marthe que abandonaba a la pequeña sueca, sino porque había sacado de ella todo el jugo que podía sacar.

Al cabo de algunos días, recibí una carta de Marthe. Contenía otra de su propietario, diciéndole que su cara no era una casa de citas, a ver qué uso hacía de la llave de su apartamento, a donde había llevado a una mujer. «Tengo una prueba de tu traición», añadía Marthe. No quería volver a verme nunca. Sin duda ello la haría sufrir, pero prefería sufrir antes que ser engañada.

Sabía que esas amenazas eran anodinas, y que sería suficiente una mentira, o incluso la llana verdad, para hacerlas desaparecer. Pero me vejaba el hecho de que Marthe no mencionara el suicidio, tratándose de una carta de ruptura. Le eché en cara su frialdad. Encontraba su carta indigna de una explicación. Porque yo, en una situación análoga, me hubiera creído, por conveniencia, en el deber de amenazar a Marthe con suicidarme, aunque sin llegar a pensarlo de veras. Rastro indeleble de la edad y de la escuela: creía que ciertas mentiras eran obligadas, según el código pasional.

Una nueva tarea, en mi aprendizaje del amor, se

presentaba: declarar mi inocencia ante Marthe, y acusarla de tener menos confianza en mí que en su casero. Le expliqué que hábil era esa nueva maniobra del clan de los Marin. En efecto, Svéa había venido a verla un día en que estaba escribiéndole una carta en su casa, y si había abierto era porque, al haber visto a la pequeña por la ventana, y sabiendo que se había apartado de Marthe, no quería dejarla creer que Marthe le guardaba rencor por esa penosa separación. Sin duda, había venido a escondidas y al precio de quién sabe cuántas dificultades.

Así podía anunciar a Marthe que el afecto de Svéa permanecía intacto. Y terminaba expresando el consuelo de haber podido hablar de Marthe, en su propia casa, con su más íntima amiga.

Esa alerta me hizo maldecir el amor que nos fuerza a dar cuenta de nuestros actos, cuando tanto hubiera querido no dar cuentas a nadie de ello, ni a mí ni a los demás.

Sin embargo, me dije, el amor debe de ofrecer grandes ventajas puesto que todos los hombres ponen su libertad en sus manos. Deseaba ser pronto lo suficientemente fuerte como para prescindir del amor y, así, no tener que sacrificar ninguno de mis deseos. Ignoraba que servidumbre por servidumbre, era mejor estar al servicio del corazón, que ser esclavo de los sentidos.

Así como la abeja liba y enriquece la colmena —de todos los deseos de los que es presa en la calle— un enamorado enriquece su amor. Y también beneficia a su amante. Aún no había descubierto esa disciplina que da a las naturalezas infieles, la fidelidad. Un hombre que ansía una joven y hace llegar ese deseo a la mujer que él ama, hace que su deseo aumente porque, insatisfecho, dejará creer a esa mujer que nunca ha sido más y mejor amada. Se la engaña, sí, pero la moral, según las gentes, está a salvo. A partir de tales cálculos,

comienza el libertinaje. Que no se condene pues, con demasiada precipitación, a ciertos hombres capaces de engañar a su amante en el momento álgido de su relación; que no se les acuse de frívolos. Ese subterfugio se les hace repugnante y no sueñan siquiera con confundir la felicidad y los placeres.

Marthe esperaba que me disculpase. Me suplicaba que le perdonase sus reproches. Cosa que hice, no sin remilgos. Escribió al propietario, rogándole irónicamente admitir que, en su ausencia, abriera la puerta a una de sus amigas.



Cuando Marthe regresó, a finales de agosto, no fue a vivir a J..., sino a casa de sus padres, quienes habían prolongado su veraneo. Ese nuevo decorado en donde Marthe había vivido siempre me servía de afrodisíaco. La fatiga sensual, el secreto deseo del sueño solitario, desaparecieron. No pasaba ninguna noche en casa de mis padres. Ardía, me apresuraba, como las personas que tienen que morir jóvenes y viven a toda velocidad. Quería aprovecharme de Marthe antes que la maternidad la echara a perder.

Aquella habitación de jovencita, en la que había rehusado la presencia de Jacques, era nuestra habitación. Por encima de su estrecha cama, me gustaba que mis ojos la descubrieran con su vestido de la primera comunión. La obligaba a mirar fijamente otra imagen de ella, de bebé, para que nuestro niño se le pareciera. Vagabundeaba, feliz, por aquella casa que la había visto nacer y desarrollarse. En el trastero pude tocar su cuna, que por cierto deseaba que todavía sirviera, e hice que sacara sus camisetas, sus braguitas, reliquias de los Grangier.

No sentía la pérdida del apartamento de J..., donde los muebles no tenían el encanto de los más feos mobiliarios familiares. No podían enseñarme nada. Por el contrario, aquí, todos esos muebles contra los que Marthe, de pequeña, había debido de darse muchos coscorriones, me hablaban incesantemente de ella. Además, vivíamos solos, sin concejal municipal, sin propietario. Incluso parecíamos salvajes, paseándonos casi desnudos por el jardín, auténtica isla desierta. Nos acostábamos sobre la hierba, merendábamos bajo un cenador de aristoloquias, de madre selvas, de viña loca. Boca contra boca, nos disputábamos las ciruelas que recogía, heridas del todo, tibias de sol. Mi padre nunca había conseguido que

me ocupase del jardín, como mis hermanos, pero soñaba hacerlo con el de Marthe. Pasaba el rastrillo, arrancaba las malas hierbas. Al atardecer de un día caluroso, sentía ese orgullo, tan embriagador, del hombre que aplaca la sed de la tierra, de las flores suplicantes, similar al que se siente al satisfacer el deseo de una mujer. Siempre había hallado la bondad un poco necia: comprendía toda su fuerza. Las flores se habrían gracias a mis cuidados, las gallinas dormían a la sombra luego de haberles echado el grano: ¿cuánta bondad? — ¡cuánto egoísmo! La visión de flores muertas, de gallinas flácidas hubiera envuelto en la tristeza nuestra isla de amor. El agua y el grano que venían de mí se dirigían, sin embargo, más a mí mismo que a las flores y a las gallinas.

En esa primavera del corazón, olvidaba o despreciaba mis recientes descubrimientos. Tomaba el libertinaje provocado por el contacto con esa casa familiar, como el fin del libertinaje. También, esa última semana de agosto y ese mes de setiembre fueron mi única época de verdadera felicidad. No engañaba, ni me hería, ni hería a Marthe. No veía más obstáculos. Entreveía a los dieciséis años un género de vida que sólo se desea en la edad madura. Viviríamos en el campo; permaneceríamos eternamente jóvenes.

Echado en la hierba junto a ella, acariciando su cuerpo con una brizna de hierba, explicaba a Marthe lentamente, reposadamente, cuál sería nuestra vida. Marthe, tras su regreso, buscó un apartamento para los dos en París. Sus ojos se humedecieron, cuando le confesé que desearía vivir en el campo: «Nunca me habría atrevido a proponértelo», me dijo. «Pensaba que te aburrirías, a solas conmigo, que echarías de menos la ciudad». «Qué poco me conoces», le respondí. Hubiera querido vivir cerca de Mandres, a donde un día fuimos a pasear, y donde se cultivan rosas. Luego, por azar, tras haber cenado en París con Marthe, cogimos el último tren, y pude respirar el aroma de las rosas. En la estación, los mozos

descargaban inmensas cajas que esparcían su aroma. Durante toda mi infancia, había oído hablar de ese misterioso tren de las rosas que pasaba a una hora en la que los niños duermen.

Marthe decía: «Las rosas únicamente tienen una temporada. Cuando pase, ¿no crees que Mandres te parecerá un poco feo? No sería más sabio elegir un lugar menos bello, pero de un encanto más uniforme?».

Pero a mí me gustaba ese lugar. El deseo de gozar durante dos meses de las rosas me hacía olvidar los otros diez meses, y el hecho de elegir Mandres me aportaba además una prueba de la naturaleza efímera de nuestro amor.

Con frecuencia, y bajo el pretexto de paseos e invitaciones, me quedaba en casa de Marthe, en vez de cenar en F...

Una tarde la encontré junto a un joven vestido con uniforme de aviador. Era su primo. Marthe, a quien no me atreví a tutear, se levantó y vino a besarme en el cuello. Su primo sonrió al ver mi apuro. «Ante Paul, no hay nada que temer, querido», dijo Marthe. «Le he contado todo.» Estaba molesto y al mismo tiempo encantado de que Marthe hubiera confesado a su primo que me amaba. Aquel muchacho, encantador y superficial, y que no pensaba en otra cosa que no fuera su uniforme (que no era el reglamentario), parecía encantado con nuestro amor. Veía en ello una buena broma gastada a Jacques a quien despreciaba por no ser ni aviador, ni asiduo a los bares.

Paul evocaba todas las cosas agradables de la infancia que habían tenido como telón de fondo aquel jardín. Yo preguntaba, ávido, en aquella conversación que me mostraba a Marthe bajo un aspecto inesperado. Al mismo tiempo me sentía triste. Pues estaba todavía demasiado cerca de la infancia como para olvidar los juegos desconocidos de los parientes; sea porque las personas mayores no guardan recuerdo alguno de ellos, sea porque los consideran como un mal inevitable. Estaba celoso del pasado de Marthe.

Cuando le contamos a Paul, entre risas, el rencor del propietario, y la fiesta de los Marin, nos propuso, lleno de inspiración, dejarnos su piso de soltero de París.

Observé que Marthe no se atrevió a confesarle nuestro proyecto de vivir juntos. Se adivinaba que él alentaría nuestro amor, siempre y cuando se tratara de un divertimento, pero que el día del escándalo auullaría con el resto de la manada.

Marthe se levantó de la mesa y nos sirvió. Las sirvientas habían seguido a la Sra. Grangier al campo, porque, guiada siempre por la prudencia, Marthe pretendía gustarle vivir como Robinson. Sus padres, creyendo que su hija era una romántica y que las románticas son como los locos a los que no hay que contradecir, la dejaron sola.

Permanecimos mucho tiempo en la mesa. Paul subía las mejores botellas. Estábamos alegres, con una alegría que sin duda lamentábamos, porque Paul se comportaba como el confidente de un adulterio cualquiera. Se burlaba de Jacques. Al callarme, me arriesgaba a hacerle notar su falta de tacto; yo prefería unirme al juego antes que humillar a este cómodo primo.

Para cuando miramos la hora, el último tren para París ya había pasado. Marthe le propuso una cama. Paul aceptó. Yo eché a Marthe una mirada tal, que acto seguido añadió: «Por supuesto, querido, tú te quedas.» Tuve la ilusión de estar en mi propia casa, casado con Marthe, y de estar recibiendo a un primo de mi mujer, de modo que, cuando desde el umbral de nuestra habitación, Paul nos dio las buenas noches, besando a su prima en las mejillas, me pareció la cosa más natural del mundo.

A finales de setiembre, me di perfecta cuenta de que abandonar aquella casa era abandonar la felicidad. Transcurridos algunos meses de gracia, nos haría falta elegir entre vivir en la mentira o en la verdad, aunque sería igual de difícil aquí que allá. Como era importante que Marthe no dejara a sus padres, antes de que naciera nuestro hijo, me atreví al fin a preguntarle si había prevenido a la Sra. Grangier de su embarazo. Me dijo que sí, y que también había prevenido a Jacques. Tuve así ocasión de constatar que algunas veces ella también mentía, porque, en el mes de mayo, luego del permiso de Jacques, me había jurado que no había vuelto a estar con él.

Cada vez anochecía más temprano; y el fresco de la noche nos impedía salir a pasear. Nos resultaba difícil vernos en J... Para no dar pie a que estallase ningún escándalo, nos veíamos obligados a tomar precauciones propias de ladrones, vigilar en la calle la ausencia de los Marin y del propietario.

La tristeza de ese mes de octubre, de esas tardes frescas, pero no tan frías como para encender el fuego, nos aconsejaba la cama desde las cinco de la tarde. En casa de mis padres, acostarse de día significaba: estar enfermo, por lo que estar en la cama a las cinco de la tarde me encantaba. No podía imaginarme que ninguna otra persona lo pudiera hacer. Estaba solo con Marthe, acostado, inmóvil, en medio de un mundo activo. Marthe desnuda, no me atrevía a penas a mirarla. ¿Seré acaso un monstruo? Tenía remordimientos de la más noble ocupación del hombre. De haber echado a perder la gracia de Marthe, de ver su vientre sobresalir. Me consideraba un vándalo. Al comienzo de nuestro amor, cuando la mordía, ¿no me decía ella: «Márcame»? ¿y no la había marcado de la peor manera?

Ahora Marthe no era para mí solamente la más amada, lo que no quiere decir que fuese la mejor amada de las amantes, sino que me ocupaba por completo. Ya no pensaba en mis amigos; por el contrario, les temía, sabedor de que creían hacernos un buen servicio al desviarse de nuestro camino. Por suerte, juzgaban nuestras amantes insoportables e indignas de nosotros. Era nuestra única salvaguarda. Cuando deja de ser así, se corre el riesgo de que se conviertan en sus amantes.

Mi padre comenzaba a espantarse. Pero como había salido siempre en mi defensa ante su hermana y mi madre, no quería tener ahora aspecto de retractarse, y así comenzaba a unirse a ellas aunque sin demostrarlo. Respecto a mí, se declaró dispuesto a todo con tal de separarme de Marthe. Pondría al corriente de todo a sus padres, a su marido... Al día siguiente, me dejó marchar.

Yo adivinaba sus debilidades. Sacaba provecho de ello. Me atrevía a responderle. Le anonadaba de la misma manera que lo hacía con mi madre y mi tía, y le reprochaba llevar demasiado tarde su autoridad a la práctica. ¿No había sido él quien quiso que conociera a Marthe? Todo a su alrededor era abrumador. Una atmósfera trágica envolvía la casa entera. ¡Qué ejemplo para mis dos hermanos! Mi padre preveía ya no poder responderles nada algún día, ya que justificarían su indisciplina con la mía.

Hasta entonces había creído que se trataba de un amor pasajero, pero, una vez más, mi madre interceptó nuestra correspondencia. Ella le llevó con aspecto triunfal esas pruebas irrefutables del proceso. ¡Marthe me hablaba en ellas de nuestro futuro y de nuestro hijo!

Mi madre me consideraba todavía demasiado bebé como para deberme de un modo razonable a sus nietos o nietas. Le parecía imposible que pudiera ser abuela a su edad. En el fondo, ello era la mejor prueba de que ese niño no podía ser mío.

La honradez puede unirse a los sentimientos más intensos. Mi madre, con su profunda honradez, no podía admitir que una mujer engañase a su marido. Este acto a sus ojos era de una tal desvergüenza que no podía tratarse de amor. Que yo fuese el amante de Marthe significaba para mi madre

que ella tenía más amantes. Mi padre sabía muy bien qué falso puede resultar un razonamiento tal, pero lo utilizaba para lanzar una sombra de duda sobre mí, y rebajar a Marthe. Me dio a entender que yo era el único en no saberlo. Le repliqué que se le había calumniado de esa manera precisamente a causa del amor que me profesaba. Mi padre, que no quería que sacase beneficio alguno de esas habladurías, me aseguró que eran anteriores a nuestra relación, e incluso a su matrimonio.

Luego de haber conservado la familia una apariencia digna, se perdió toda discreción, y cuando pasé varios días sin aparecer por casa, enviaron la doncella a casa de Marthe, con unas líneas dirigidas a mí, ordenándome regresar con la máxima urgencia; si no, declararían mi fuga a la prefectura de la policía y demandarían a la Sra. L. por corrupción de menores.

Marthe guardó las apariencias, adoptó un aire de sorpresa, dijo a la doncella que me entregaría el sobre en cuanto fuera a visitarla. Regresé un poco más tarde, maldiciendo mi edad. Se me impedía ser dueño de mí mismo. Mi padre no habría la boca, ni tampoco mi madre. Hurgaba en el código sin encontrar los artículos de la ley concernientes a los menores. Con una remarcable inconsciencia, no creía que mi conducta pudiera enviarme al correccional. Al fin, después de haber agotado vanamente el código, eché mano del Gran Larousse, en donde leí diez veces el artículo: «menor», sin descubrir nada que nos concerniese.

Al día siguiente, mi padre volvió aún a dejarme libre.

Para aquellos que busquen los móviles de su extraña conducta, se los resumo en tres líneas: primero me dejó actuar a mi guisa. Luego, se avergonzó. Después me amenazó, más furioso contra él que contra mí. Finalmente, la vergüenza de haber montado en cólera le impulsó a aflojar las riendas.

La Sra. Grangier, había sido puesta sobre aviso, a su



regreso del campo, por las insidiosas preguntas de los vecinos. Fingiendo creer que yo era un hermano de Jacques, le pusieron al corriente de nuestra vida en común. Como, por otra parte, Marthe no podía contenerse de pronunciar mi nombre aun sin motivo, de contar alguna cosa que había hecho o dicho, su madre no permaneció mucho tiempo en la duda acerca de la verdadera personalidad del «hermano» de Jacques.

Todavía estaba dispuesta a perdonar, segura de que el niño, que creía era de Jacques, pondría fin a la aventura. No dijo nada al Sr. Grangier, por temor a un escándalo. Pero atribuyó esta discreción a su grandeza de ánimo, luego era importante advertir a Marthe para que supiese estar agradecida. Con el fin de demostrar a su hija que lo sabía todo, la hostigaba sin tregua, hablando con medias palabras, y tan torpemente que incluso el Sr. Grangier, a solas con su mujer, le rogaba tratara con más cuidado a su pobre hijita, inocente, a quien esas continuas suposiciones acabarían por volverla loca. A lo que la Sra. Grangier respondía a veces con una sonrisa, como para darle a entender que su hija había confesado.

Esa actitud, y su actitud precedente, desde el primer día de la estancia de Jacques, me llevan a creer que la Sra. Grangier, aun desaprobando completamente a su hija, por la única satisfacción de echar la culpa a su marido y a su yerno, le habría dado, ante ellos, la razón. En el fondo, la Sra. Grangier admiraba a Marthe por engañar a su marido, cosa que ella no se había atrevido a hacer jamás, fuese por escrúpulos, fuese porque le faltó ocasión para ello. Su hija la vengaba de haber sido, según ella, incomprendida. Inocentemente idealista, se limitaba a reprocharle que amara a un muchacho tan joven como yo, menos apto que ningún otro para comprender la «delicadeza femenina».

Los Lacombe, a quienes Marthe visitaba cada vez menos, no podían, puesto que vivían en París, sospechar nada. Simplemente, juzgaban a Marthe cada vez más extraña, y su disgusto hacia ella era cada día mayor. Se sentían inquietos

ante el porvenir. Se preguntaban qué sería de esa familia dentro de unos años. Todas las madres, por principio, nada desean tanto para sus hijos que el matrimonio, pero desaprueban la mujer que han elegido. La madre de Jacques le compadecía pues por tener una mujer así. En cuando a la Srta. Lacombe, la principal razón de sus maledicencias venía de aquello que Marthe había guardado para ella sola: el secreto de un idilio llevado demasiado lejos, desde aquel verano en que conoció a Jacques junto al mar. Esta hermana predecía ya el más sombrío porvenir al matrimonio, afirmando que Marthe engañaría a Jacques si es que ya no lo había hecho así.

El ensañamiento de esposa e hija forzaban a veces a levantarse de la mesa al Sr. Lacombe, un gran hombre que quería a Marthe. Entonces, madre e hija intercambiaban una mirada significativa. La de la Sra. Lacombe venía a querer decir: «Ves, hija, cómo esa clase de mujeres saben hechizar a los hombres.» Mientras que la de la Srta. Lacombe: «Yo no soy como esa Marthe y por eso no encuentro con quién casarme.» En realidad, la desgraciada, bajo el pretexto de que «a nuevos tiempos, nuevas costumbres» y de que el matrimonio ya no se llevaba a cabo como antaño, hacía huir a los maridos al no mostrarse demasiado rebelde. Sus esperanzas de matrimonio duraban lo que dura una sesión de balneario. Los jóvenes prometían, tan pronto regresaran a París, pedir la mano de la Srta. Lacombe. Pero nunca daban señal de vida. La principal queja de la Srta. Lacombe, que llevaba camino de quedarse para vestir santos, era tal vez que Marthe hubiera encontrado con tal facilidad un marido. Se consolaba diciendo que sólo un memo como su hermano se hubiera podido dejar atrapar.

De todas maneras, sean cualesquiera que fuesen las sospechas de las familias, nadie pensaba que el hijo de Marthe pudiera tener otro padre que no fuera Jacques. Estaba absolutamente vejado. Había incluso días en los que acusaba a Marthe de ser cobarde, por no haber dicho todavía la verdad. Inclinado a ver en todos lados una debilidad que no era sino mía, pensaba que, puesto que la Sra. Grangier había cerrado los ojos desde el comienzo mismo del drama, haría otro tanto cuanto éste acabara.

La tormenta se aproximaba. Mi padre me amenazó con enviar determinadas cartas a la Sra. Grangier. Yo deseaba con fervor que cumpliera sus amenazas. Luego reflexioné. La Sra. Grangier escondería las cartas a su marido. Por lo demás, ni uno ni otro tenían interés en que la tormenta estallara. Y me asfixiaba. Llamaba a la tormenta. Esas cartas, es a Jacques, directamente a quien tenía mi padre que enviárselas.

El día en que encolerizado me dijo que ya lo había hecho, estuve a punto de darle un abrazo. ¡Por fin! ¡Por fin! Me había hecho el favor de contarle a Jacques lo que importaba que supiera. Compadecí a mi padre, si creía que mi amor era tan flojo. Además, esas cartas darían el punto y final a aquellas otras en las que Jacques se enternecía por nuestro hijo. Mi delirio no me dejaba comprender lo que ese acto tenía de locura, de imposible. Sólo comencé a verlo claro cuando mi padre, al día siguiente, más calmado, me tranquiliza, según él, confesándome su mentira. La juzgaba inhumana. Cierto. ¿Pero dónde está lo humano y lo inhumano?

Agotaba toda mi fuerza nerviosa con cobardía, con audacia, derregado por las mil contradicciones propias de mi edad, enfrentado a una aventura de hombre.

El amor anesthesiaba en mí todo aquello que no fuese Marthe. No pensaba en que mi padre pudiera sufrir. Lo juzgaba todo tan falsamente y tan mezquinamente que acabé por creer la guerra declarada entre él y yo. Asimismo, no era sólo por amor a Marthe que pisoteaba mis deberes filiales, sino a veces, no sé si me atrevo a confesarlo, ¡llevado por un espíritu de represalia!

Ya no concedí más atención a las cartas que mi padre hacía llegar a casa de Marthe. Era ella quien me suplicaba que fuera a casa de mis padres más a menudo, y me mostrara razonable. Entonces, yo le gritaba: «¿También tú vas a ponerte en contra mía?» Apretaba los dientes, daba patadas en el suelo. Que me pusiera en un estado tal, al pensar que iba a estar alejado de Marthe por algunas horas, era para Marthe signo de mi pasión hacia ella. Esa certeza de ser amada le daba una firmeza que no le había visto nunca. Segura de que pensaría en ella, insistía para que me marchase.

Pronto me apercibí de dónde procedía su coraje. Comencé a cambiar de táctica. Fingía rendirme a sus razones. Entonces, de golpe, su rostro se demudaba. Al verme tan prudente (o tan despreocupado) se apoderaba de ella el temor de que ya no la quería. Entonces me suplicaba que me quedara, tal era su necesidad de que la tranquilizase.

Sin embargo, una vez, nada salió bien. Desde hacía tres días, no había puesto los pies en casa de mis padres, y confirmé a Marthe mi intención de pasar todavía una noche más con ella. Ella hizo todo lo posible para que me echara atrás: caricias, amenazas. Llegó incluso a fingir. Acabó asegurándome que, si no iba a casa de mis padres, se iría a pasar la noche a casa de los suyos.

Le respondí que mi padre no tomaría en cuenta su

gesto de buena voluntad. ¡Vaya! Pues entonces no iría a casa de su madre. Iría a la orilla del Marne. Se cogería una pulmonía, después moriría, y al fin se libraría de mí. «Ten al menos piedad de nuestro niño», decía Marthe. «No comprometas su existencia a tu antojo.» Me acusaba de divertirme a costa de su amor, de querer conocer los límites del mismo. En vista de una tal insistencia, le repetí las palabras de mi padre: que me engañaba con cualquiera; no me engañaría más. «Una única razón», le dije, «te impide ceder. Esta tarde recibes a uno de tus amantes.» ¿Qué responder a una sarta de injusticias tan descabelladas? Marthe se apartó. Le reproché no estallar de ira ante mi ofensa. En fin, lo hice tan bien que consintió que pasara la noche con ella. A condición de que no fuera en su casa. No quería por nada del mundo que los propietarios pudiesen decir al día siguiente al mensajero de mis padres que estaba allí.

¿Dónde dormir?

Eramos como niños de pie en una silla, orgullosos de sobrepasar en altura a las personas mayores. Las circunstancias nos engrandecían, pero no podíamos hacer nada. Y si, del hecho mismo de nuestra experiencia, ciertas cosas complicadas nos parecían del todo simples, esas mismas cosas tan simples, aunque parezca mentira, acababan por convertirse en obstáculos insuperables. Nunca nos habíamos atrevido a servirnos del cuarto de soltero de Paul. No pensé que hubiese sido posible explicar a la portera, no sin antes darle una buena propina, que iríamos algunas veces a pasar la noche.

Era preciso buscar un hotel. Nunca había ido a ninguno. Sólo ante la perspectiva de franquear el umbral ya me echaba a temblar.

La infancia busca pretextos. Siempre impelida a justificarse ante los padres, mentir acaba siendo una necesidad fatal.

Cara a cara con algún mozo de hotel miserable,

pensaba que debería justificarme. Es por ello que, pretextando que nos haría falta algo de ropa interior y algunos objetos de baño, obligué a Marthe a hacer una maleta. Pediríamos dos habitaciones. Creerían que somos hermano y hermana. Nunca me atrevería a pedir una única habitación, mi edad (la edad en la que a uno le expulsan de los casinos) me exponía a mortificaciones.

El viaje, a las once de la noche, fue interminable. Había dos personas en nuestro vagón: una mujer que acompañaba a su marido, de graduación capitán, a la estación del Este. En el vagón no había luz ni calor. Marthe apoyaba su cabeza contra el cristal húmedo. Sufría el capricho de un muchacho cruel. Estaba bastante avergonzado, y también sufría, pensando cuánto más que yo merecía Jacques ser amado, él que siempre había sido tan tierno con ella.

No pude evitar justificarme en voz baja. Ella sacudió la cabeza: «Prefiero», susurró, «ser desgraciada contigo que ser feliz con él.» He aquí esas palabras de amor que nada quieren decir, y que da vergüenza traer a colación, pero que, pronunciadas en boca de la persona amada, nos embriagan. Creí igualmente entender la frase de Marthe. Pero, ¿cuál era su significado exacto? ¿se puede tal vez ser feliz con alguien a quien no se ama?

Y me preguntaba, todavía me pregunto, si el amor nos da derecho a arrancar a una mujer de un destino tal vez mediocre, pero lleno de sosiego. «Prefiero ser desgraciada contigo...», ¿había un reproche inconsciente en esas palabras? Sin lugar a dudas, Marthe, puesto que me amaba, había conocido conmigo momentos que, con Jacques, no hubiera podido imaginar, pero ¿esos momentos felices me daban acaso derecho a ser cruel?

Descendimos en la Bastille. El frío, que soporto porque imagino que es la cosa más limpia del mundo, era, en ese lugar de la estación, más sucio que el calor de un puerto de mar, y sin esa alegría que recompensa. Marthe se quejaba de calambres.

Iba colgada de mi brazo. ¡Pareja lamentable, olvidada de su belleza, de su juventud, avergonzada de sí misma como una pareja de mendigos!

El embarazo de Marthe me parecía ridículo, y caminaba con los ojos bajos. Estaba bien lejos del orgullo paternal.

Erramos bajo la lluvia glacial, entre la Bastille y la estación de Lyon. En cada hotel, para no entrar, inventaba una mala excusa. Decía a Marthe que buscaba un hotel conveniente, un hotel de viajeros, nada más que de viajeros.

En la plaza de la estación de Lyon me resultó difícil escurrir el bulto. Marthe me ordenó interrumpir aquel suplicio.

Mientras ella aguardaba fuera, entré en un vestíbulo, esperando no sé bien el qué. El mozo me preguntó si quería una habitación. Era fácil responderle que sí. Fue demasiado fácil, y, buscando una excusa como un ratero de hotel pillado in fraganti, le pregunté por la Sra. Lacombe. Se lo pregunté enrojeciendo, y temiendo al mismo tiempo que me respondiera: «¿Se está burlando de mí, joven? Está ahí fuera, en la calle.» Consultó los registros. Debía haberme equivocado de dirección. Salí, y expliqué a Marthe que no había habitaciones libres y que no encontraríamos ninguna en todo el barrio. Respiré tranquilo. Me apresuré como un ladrón que huye.

Todo el rato, esa obsesión mía de salir huyendo de los hoteles a donde llevaba a Marthe a la fuerza, me había impedido pensar en ella. Pero ahora la miré... Pobre pequeña. Retuve mis lágrimas y cuando me preguntó dónde íbamos a buscar una cama, le supliqué que no hiciera más caso a un enfermo, y que volviera prudentemente a J..., y yo a casa de mis padres. ¡Enfermo! ¡prudentemente! Esbozó una sonrisa maquinal al escuchar esas palabras fuera de lugar.

Mi vergüenza dramatiza el retorno. Si, finalizadas las crueldades de ese género, Marthe tenía la desdicha de decirme: «A pesar de todo, qué malvado eres», me dejaba llevar, la

encontraba falta de generosidad. Y si, al contrario, callaba, y adoptaba ese aire de olvidarlo todo, me daba miedo que ella actuase así porque me considerara un malvado, un demente. Entonces, no cesaba hasta hacerle decir que ella no olvidaba nada, y que si bien me perdonaba, no debía aprovecharme de su clemencia; que algún día, harta de mis malos tratos, su fatiga superaría nuestro amor, y que me abandonaría. Cuando la forzaba a hablarme con esa energía, y aunque no creyese en sus amenazas, experimentaba un dolor delicioso, comparable, si cabe, a la emoción que me producen las montañas rusas. Entonces, me precipitaba sobre Marthe, la abrazaba más apasionadamente que nunca.

—Dime otra vez que me abandonarás—, le decía, jadeante, y estrechándola en mis brazos, casi hasta romperla. Sumisa, como no puede serlo ni una esclava, aunque sí una médium, Marthe repetía, para placer mío, esas palabras que ella no acababa de entender muy bien.



Esa noche de hoteles fue decisiva, aunque no me di cuenta de ello hasta pasadas tantas otras extravagancias. Pero si yo pensaba que a lo largo de una vida entera se podía renquear de esa manera, Marthe, en un rincón del vagón, de regreso a casa, agotada, aterrada y castañeteando los dientes, *comprendió todo*. Tal vez vio que al final de esa carrera que había durado un año, al igual que con un coche locamente conducido, no podía haber otra salida que la muerte.

Al día siguiente, encontré a Marthe acostada, como de costumbre. Quise unirme a ella; me rechazó con ternura. «No me siento bien», dijo, «vete, no te quedes junto a mí. Te contagiare el resfriado.» Tosía y tenía fiebre. Me dijo, sonriendo, para no tener el aspecto de formular un reproche, que había sido la víspera cuando debió de haberse resfriado. A pesar de su estado, me impidió ir a buscar al médico. «No es nada», dijo. «Sólo me hace falta un poco de calor.» En realidad, no quería, al enviarme a casa del doctor, comprometerse a los ojos del que era un viejo amigo de su familia. Tenía una necesidad tal de ser tranquilizado que la negativa de Marthe restó importancia a mis preocupaciones. Las cuales se reavivaron, y con más intensidad si cabe, cuando, al ir a marcharme a casa de mis padres para cenar, Marthe me preguntó si podía hacer un rodeo, y llevar una carta a casa del doctor.

Al día siguiente, al llegar a casa de Marthe, me pareció cruzarme con él en la escalera. No me atreví a preguntarle nada, y le miré con ansiedad. Su aspecto tranquilo me calmó: sólo era una actitud profesional.

Entré en casa de Marthe. ¿Dónde estaba? Hallé la habitación vacía. Marthe lloraba, con la cabeza escondida bajo las mantas. El médico la había condenado a guardar cama, hasta el día del parto. Además, su estado exigía cuidados; era necesario que se trasladara a casa de sus padres. Nos separaban.

La desgracia es difícil de admitir. Sólo la felicidad parece ser un deber. Al admitir esa separación sin rebelarme, demostré poco coraje por mi parte. Simplemente, no comprendía nada. Escuché, atontado, el fallo del médico, como un condenado escucha su sentencia. Si no se pone pálido:

«¡Qué valor!» se dice. En absoluto: es más bien falta de imaginación. Cuando se le despierta para la ejecución, entonces, *entiende* la sentencia. Asimismo, no me di cuenta de que no íbamos a volver a vernos, hasta que vinieron a anunciar a Marthe la llegada del coche enviado por el doctor. Le había prometido que no pondría a nadie sobre aviso, pues Marthe había exigido llegar a casa de su madre de improviso.

Hice parar el coche a algunos metros de distancia de la casa de los Grangier. Cuando el chófer se giró para mirarnos por tercera vez, entonces descendimos. Aquel hombre creyó sorprendernos en nuestro tercer beso; aunque, en realidad, nos sorprendía siempre en el mismo. Dejé a Marthe sin tomar las mínimas disposiciones para escribirnos, casi sin decirle adiós, como si fuese una persona con quien una hora más tarde vas a reunirte. Para entonces, algunas vecinas curiosas se asomaban a las ventanas.

Mi madre se dio cuenta de que tenía los ojos enrojecidos. Mis hermanas rieron porque dejé caer dos veces seguidas la cuchara sobre la sopa. El suelo se movía bajo mis pies. Yo no tenía la fortaleza del marino para el sufrimiento. Además, creo que no podría comparar mejor esos vértigos del corazón y del espíritu que con el mareo. La vida sin Marthe, era una larga travesía. ¿Arribaría algún día? Al igual que ocurre con los primeros síntomas del mareo, que importa poco aguardar la llegada a puerto o morirse ahí mismo, el porvenir no me preocupaba gran cosa. Al cabo de algunos días, el mal, menos tenaz, me dejó tiempo para pensar en tierra firme.

A los padres de Marthe poca cosa les quedaba para adivinar. Se contentaban con hurtar mis cartas. Las quemaban delante de ella, en la chimenea de su cuarto. Las suyas estaban escritas a lápiz, apenas legibles. Su hermano las echaba en correos.

No volví a sufrir más escenas familiares. Reanudé las

amenas conversaciones con mi padre, por la noche, delante del fuego. En un año, me había convertido en un extraño para mis hermanas. Se acostumbraron, habituaron de nuevo a mí. Tomaba a la más pequeña sobre mis rodillas, y, aprovechándome de la penumbra, la abrazaba con una violencia tal, que al final se debatía, medio riendo, medio llorando. Pensaba en mi hijo, y estaba triste. Me parecía imposible que pudiera haber para él una ternura mayor que la mía. ¿Era ya lo suficientemente maduro para que un bebé me pareciese otra cosa que un hermano o una hermana?

Mi padre me aconsejaba distraerme. Esos consejos tenían su origen en la tranquilidad. ¿Y qué podía hacer, excepto aquello que ya no volvería a hacer? Al escuchar el timbre de la puerta, un coche detenerse en la puerta, me estremecía. Acechaba en mi prisión el menor signo de liberación.

A fuerza de acechar las señales que pudiesen ser el anuncio de alguna cosa, mis oídos, un día, escucharon repique de campanas. Eran las del armisticio.

Para mí, el armisticio significaba la vuelta de Jacques. Ya lo veía a la cabecera de Marthe, sin que me fuese posible hacer nada. Estaba perdido.

Mi padre iba a París. Quería que fuese con él: «No se puede faltar a una fiesta así.» No me atreví a negarme. Temía parecer un monstruo. Además, a fin de cuentas, en mi frenético infortunio, no me desagradaba la idea de ir a ver la alegría de otros.

Debo confesar que no me inspiraba una gran envidia. Sólo yo me sentía capaz de experimentar aquellos sentimientos que se consienten a la muchedumbre. Buscaba el patriotismo. Mi injusticia, tal vez, no me mostró más que la alegría de un día de vacaciones inesperado: los cafés abiertos hasta más tarde, el derecho de los militares de abrazar a las modistillas. Ese espectáculo, del que había pensado que me afligiría, que me pondría celoso, o bien sino que me distraería por el contagio de un sentimiento sublime, me aburría tanto como el día festivo

de Sainte Catherine.

Desde hacía algunos días no recibía ninguna carta. Una de las raras veces en que nevó por la tarde, mis hermanos me trajeron un mensaje del hijo pequeño de los Grangier. Se trataba de una carta glacial de la Sra. Grangier. Me rogaba que acudiera lo más rápidamente posible. ¿Qué podría querer de mí? La oportunidad de estar en contacto, aunque fuera de modo indirecto, con Marthe, aplacó mis inquietudes. Imaginaba a la Sra. Grangier prohibiéndome volver a ver a su hija, y yo, escuchándola, cabizbajo, como un mal estudiante. Incapaz de un arrebató de genio, de montar en cólera, ningún gesto habría de poner de manifiesto mi odio. Saludaría con educación, y la puerta volvería a cerrarse para siempre. Entonces, encontraría las respuestas, los argumentos de mala fe, las palabras mordaces que hubieran podido dejar a la Sra. Grangier, del amante de su hija, una imagen menos piadosa que la de un colegial sorprendido en falta. Preveía la escena, segundo a segundo.

Cuando entré en la pequeña sala, me pareció revivir mi primera visita. Esta otra visita, significaba sin embargo que quizá ya no volvería a ver nunca más a Marthe.

La Sra. Grangier entró. Sufrí a causa de su pequeña estatura, pues se esforzaba en ser altiva. Se excusó por haberme molestado sin motivo. Pretendía haberme enviado ese mensaje para obtener una información demasiado complicada para ser solicitada por escrito, pero que en el intervalo de ese tiempo ya había conseguido hacerse con esa información. Ese absurdo misterio me atormentó más incluso que no importa qué catástrofe.

Cerca del Marne, volví a encontrarme con el pequeño de los Grangier, apoyado contra una reja. Había recibido una

bola de nieve en plena cara. Lloriqueaba. Le consolé, le interrogué acerca de Marthe. Su hermana me llamaba, me dijo. Su madre no quería saber nada, pero su padre había dicho: «Marthe está grave, exijo que se le obedezca.»

Comprendí inmediatamente la conducta tan burguesa, tan extraña, de la Sra. Grangier. Me había hecho llamar, por miramiento a su esposo, y la voluntad de una moribunda. Pero la alerta había pasado, Marthe sana y salva, había retomado la consigna. Lamenté que la crisis no hubiera durado lo suficiente para haberme permitido ver a la enferma.

Dos días más tarde, Marthe me escribió. No hacía ninguna alusión a mi visita. Sin duda se la habían escamoteado. Marthe hablaba de nuestro futuro, con un tono especial, sereno, celeste, que me turbaba un poco. ¿Será cierto que el amor es la expresión más violenta y egoísta? Pues, buscando una razón a mi problema, vi que estaba celoso de nuestro hijo, de quien Marthe se preocupaba más que de mí mismo.

Lo esperábamos para marzo. Un viernes de enero, mis hermanos, sin aliento, nos anunciaron que el pequeño Grangier tenía un sobrino. No comprendí su aire de triunfo, ni por qué habían corrido tanto. Ciertamente no dudaban acerca de lo extraordinario que la noticia debía aparecer ante mis ojos. Pero un tío era para mis hermanos una persona mayor. Que el pequeño Grangier fuera tío era algo prodigioso para ellos, y habían corrido hasta nosotros para hacernos partícipes de su admiración.

Es el objeto que tenemos constantemente delante de nuestros ojos el que apenas llegamos a reconocer, cuando nos lo cambian de sitio. En el sobrino del pequeño Grangier, no reconocí de inmediato al hijo de Marthe, —a mi hijo.

La locura que en un lugar público provoca un cortocircuito, por ejemplo en un teatro. De repente todo se volvió negro alrededor mío. En esa noche, mis sentimientos se

atropellaban; me buscaba a mí mismo, buscaba fechas a tientas, hechos precisos. Contaba con mis dedos como había visto hacerlo a Marthe algunas veces, sin que sospechara traición alguna por parte de ella. Pero ese ejercicio no me sirvió de nada. No sabía contar. ¿Quién era esa niño que nosotros esperábamos para marzo, y que nacía en enero? Todas las explicaciones que buscaba a esa anomalía, eran producto de mis celos más que nada. De golpe, mi certeza fue un hecho. Ese niño era de Jacques. ¿No había venido de permiso nueve meses antes? Así, durante todo ese tiempo, Marthe mentía. Además, ¿no había acaso mentido ya con motivo precisamente de ese permiso! ¿no me había jurado en un principio haber rechazado a Jacques durante esos malditos quince días, para confesarme algún tiempo después, que la había poseído varias veces!

Nunca había pensado con profundidad que ese niño pudiera ser de Jacques. Y si, al principio del embarazo de Marthe, deseé de un modo vago que así fuera, no tenía ahora más remedio que reconocer lo que juzgaba como un hecho irreparable, que, ilusionado durante meses por la certeza de mi paternidad, amaba a ese niño, ese niño que no era mío. ¿Por qué tenía que sentirme como un padre, justo en el momento en que me daba cuenta de que no lo era!

Como se ve, me hallaba en un estado de confusión increíble, y como arrojado al agua, en plena noche, sin saber nadar. No comprendía absolutamente nada. Una cosa sobre todo que no comprendía era la audacia de Marthe, haber dado mi nombre a su hijo legítimo. En ciertos momentos, veía un desafío lanzado al destino, que no había querido que ese niño fuera mío, mientras que en otros momentos, no quería ver en todo ello más que una falta de tacto, una de esas faltas de buen gusto que me habían chocado varias veces en casa de Marthe, y que no eran sino su exceso de amor.

Había comenzado una carta llena de insultos. Creía que se la debía, ¿por dignidad! Pero las palabras no afluyeron, pues mi espíritu se hallaba en otro lugar, en regiones más nobles.



Rompí la carta. Escribí otra, en la que dejé hablar a mi corazón. Pedí perdón a Marthe. ¿Perdón de qué? No había duda de que ese hijo era de Jacques. Le suplicaba que de todas maneras me siguiera amando.

El hombre muy joven es un animal rebelde al dolor. Comenzaba a ver las cosas de distinta manera. Casi estaba dispuesto a aceptar el hijo de otro. Pero, antes de que hubiera terminado mi carta, recibí una de Marthe, desbordante de alegría. — Este hijo era el nuestro, nacido dos meses antes de lo previsto. Habían tenido que meterlo en la incubadora. «Casi me muerdo», decía. Esa frase me divirtió como una chiquillada.

Porque en mí no había lugar más que para la alegría. ¡Hubiese querido hacer partícipe de este nacimiento al mundo entero, decir a mis hermanos que ellos también eran tíos! Alegremente, me despreciaba: ¿cómo había podido dudar de Marthe? Esos remordimientos, mezclados con mi felicidad, hacían que la amara aún más si cabe, y a mi hijo también. En medio de mi incoherencia, bendecía mi error. Sobre todo, estaba contento de haber conocido, por algunos instantes, el dolor. Al menos, así lo creía. Pero nada se parece menos a las cosas mismas que aquello que se les aproxima. Un hombre que ha estado a punto de morir cree conocer la muerte. Sin embargo, el día en que la muerte se le presente, no la reconocerá: «no es ella», dirá, moribundo.

En su carta, Marthe incluso me decía: «Se te parece.». Había visto recién nacidos, mis hermanos y hermanas, y sabía que solamente el amor de una mujer puede descubrir el parecido deseado por ella. «Tiene mis ojos», añadía. Y sólo así su deseo de vernos reunidos en un solo ser podía hacerle reconocer mis ojos.

En casa de los Grangier, no había la más mínima duda. Maldecían a Marthe, pero se hacían los cómplices, a fin de que el escándalo no «alcanzara» a la familia. El médico, otro cómplice del orden, al ocultar que este nacimiento era

premature, se encargaría de explicar al marido, contándole alguna fábula, la necesidad de una incubadora.

Los días siguientes, encontré natural el silencio de Marthe. Jacques debía de estar con ella. Ningún permiso me había preocupado menos que éste, concedido al infeliz por el nacimiento de *su* hijo. En un último arranque de puerilidad, sonreí al pensar que incluso esos días de permiso, me los debía a mí.

En casa se respiraba tranquilidad.

Los verdaderos presentimientos toman cuerpo a profundidades desconocidas para nuestro espíritu. De manera que, con frecuencia, nos es preciso llevar a cabo actos que interpretamos de modo absolutamente erróneo.

Me creía más tierno a causa de mi felicidad y me felicitaba al saber que Marthe vivía en una casa que transformaba mis recuerdos dichosos en puro fetiche.

Un hombre desordenado que va a morir y que no duda en poner orden alrededor suyo. Su vida cambia. Clasifica papeles. Se levanta temprano, se acuesta a una hora adecuada. Renuncia a sus vicios. Sus amistades y familiares se felicitan. Así su muerte brutal parecerá a todos más injusta todavía. *Hubiera vivido feliz.*

De la misma manera, la reciente calma de mi existencia era mi aseo para condenados. Me creía mejor hijo puesto que tenía un hijo. O bien sino, mi ternura me acercaba a mi padre, a mi madre, porque algo en mí me decía que, dentro de poco, me haría falta su ternura.

Un día, al mediodía, mis hermanos regresaron de la escuela gritando que Marthe había muerto.

El rayo que cae sobre un hombre es tan rápido que no tiene tiempo para sufrir. Pero es por esta razón que lleva parejo un triste espectáculo. Mientras que yo era incapaz de experimentar nada, el rostro de mi padre se descompuso. Hizo salir a mis hermanos. «Idos», tartamudeó. «Estáis locos, estáis locos.» Yo, tuve la sensación de endurecerme, de enfriarme, de petrificarme. Acto seguido, del mismo modo que en un segundo desfilan ante los ojos de un moribundo todos los recuerdos de

su existencia, la certeza de mi amor levantó el velo oscuro, dejando al descubierto todo lo que ello tenía de monstruoso. Porque mi padre lloraba, yo sollozaba. Entonces, mi madre me tomó de las manos. Con los ojos secos, me dio consuelo, fríamente, tiernamente, como si se tratara de la escarlatina.

Durante los primeros días, mi síncope justificaba ante mis hermanos el silencio de la casa. Los demás días, ya no comprendieron nada. Nunca les prohibieron jugar de ese modo tan ruidoso. Pero, a la hora de comer, sus pasos sobre las baldosas del vestíbulo me hacían perder el conocimiento, como si a cada paso me anunciaran la muerte de Marthe.

¡Marthe! Mis celos la siguieron hasta la tumba; deseaba que no hubiera nada, más allá de la muerte. Así es, resulta insoportable pensar que la persona a quien más amamos está en una fiesta en la que nosotros no estamos. Mi corazón se encontraba aún en una época en la que no se piensa en el porvenir. Sí, era la nada lo que deseaba para Marthe, más que un mundo nuevo, en donde algún día nos reencontraríamos.

La única vez que vi a Jacques, fue algunos meses más tarde. Al saber que mi padre guardaba en casa algunas acuarelas de Marthe, le entraron deseos de verlas. Siempre estamos ávidos de sorprender aquello que atañe a los seres que amamos. Quise ver al hombre a quien Marthe había dado su mano.

Conteniendo la respiración y caminando de puntillas, me dirigí hacia la puerta entreabierta. Llegué justo para escuchar:

—Mi esposa ha muerto llamándole. ¡Pobre pequeño!  
¡Es la única razón que tengo para seguir viviendo!

Al ver aquel viudo tan digno y dueño de su desesperación, comprendí que el orden, a la larga, se acaba imponiendo sobre todas las cosas. ¿No acababa acaso de enterarme de que Marthe había muerto llamándome, y de que mi hijo tendría una existencia razonable?

**FIN**